

ESTUDIOS

AÑO II

JULIO DE 1934

NUM. 20

INDICE

	Págs.
EL PROBLEMA EDUCACIONAL A TRAVES DE UN LIBRO INTERESANTE, por Héctor de Ara- vena	1
LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD, por Antonio Cifuentes	4
EL PRETENDIDO ORIGEN SIMIO DEL HOM- BRE, por Teodoro Drathen	9
LA FAMILIA Y LA ESCUELA CATOLICA, por Sara Izquierdo de Philippi	13
LA IGLESIA ANTE EL TOTALITARISMO Y EL ESTADO NACIONAL, por Jacques Leclercq. .	17
PALESTINA, por Ramón Subercaseaux (Continua- ción)	20
RENACIMIENTO LITURGICO, por Félix García ..	28
REVISTA DE IDEAS Y HECHOS	37

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

OFICINA: AHUMADA 360
CASILLA 2081 - TELEF. 88573
SANTIAGO

SUSCRIPCION:

UN AÑO..... \$ 18.00
NUMERO SUELTO..... „ 1.60

Abeleida y Pinedo

IMPORTACION DE ARTICULOS ELÉCTRICOS

Instaladores autorizados por la Dirección General de Servicios Eléctricos

Selecto surtido en lámparas de comedor, escritorios, salón, hall, oficinas y casas comerciales, de las mejores fábricas europeas.

PRESUPUESTOS DE INSTALACION DE LUZ Y FUERZA MOTRIZ

Taller especial para arreglos de toda clase de artefactos eléctricos en general

MONEDA 887 — TELÉFONO 86848 — CASILLA 448 — SANTIAGO

SOMBRERERIA CAPELLARO

CALLE AHUMADA 367 — CASILLA 1891 — SANTIAGO

Ofrece a Ud. el más selecto surtido en toda clase de Sombreros, Corbatas, Guantes, Pañuelos, Paraguas, Tirantes, Ligas, etc. etc

LIQUIDA TODA LA EXISTENCIA DE SOMBREROS BORSALINO A \$ 125.—

El mejor sombrero nacional, forma Gales, en todos los colores imaginables al precio de \$ 40. — Ofrece a Ud. en su Sección Especial sombreros para el Clero, confeccionándolos sobre medida al gusto más exigente.

SE ATIENDEN PEDIDOS DE PROVINCIAS.

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Julio de 1934

Núm. 20

EL PROBLEMA EDUCACIONAL A TRAVES DE UN LIBRO INTERESANTE

Pocas son, desgraciadamente, las obras nuevas de pedagogía, que establezcan claramente el problema educacional, a la luz del pensamiento católico. Se carece, en general, de literatura orientadora al respecto. Aún los propios educadores y padres de familia católicos, incurren, a veces, en errores de concepto, muchas veces graves, por no tener a mano la obra de consulta, amplia, completa, suficientemente actual y capaz de responder en cualquier terreno a las importantísimas cuestiones que se originan hoy por hoy, en materia de educación.

Entre nosotros la cuestión educacional es la preocupación del día; se está dando, por fin, la importancia debida, al fundamental capítulo de la enseñanza. Se llega ya a comprender cuán grave es la actitud pasiva ante los errores y males de la educación nacional, especialmente la educación del Estado.

Parece que hasta aquí había bastado para tranquilizar las conciencias de muchísimos padres de familia y de gran cantidad de hombres públicos y de maestros, la solución personal, individual, dada a cada caso propio; se buscaba un buen colegio particular donde hacer ingresar a los niños, y se dejaba que la inmensa mayoría de la población escolar del país, quedara enteramente abandonada a sus propios recursos, o, digámoslo francamente, a su completa o parcial falta de recursos.

La alarma ha venido a cundir sólo últimamente, cuando se ve cómo resulta fácil tarea, la de apoderarse de las conciencias infantiles para inficionarlas tendenciosamente con todo género de falacias. Cuando se descubre que no sólo es grave, sino alarmante, la ausencia de ideales educativos sanos, la impunidad con que la juventud puede recibir las más detestables influencias, y, en el mejor de los casos, la más anodina formación espiritual y moral.

El problema educacional se palpa sólo ahora en toda su intensidad. Sólo ahora empieza a comprenderse que, sin una orientación recta y elevada, no hay educación. Que sin un concepto absolutamente claro de la vida social y de la vida individual, no puede darse rumbos a la pedagogía, y que ésta, necesariamente, ha de tener un fundamento filosófico, moral, religioso, a fin de que sea verdadera pedagogía.



Acuden entonces los estudiosos en busca de doctrina para aplicar. Encuentran, los no católicos, una confusión de ideas a través de la pedagogía tradicional, seguida de una doble solución: idealismo, más o menos vago, aunque bien inspirado, en la escuela alemana y francesa (Spranger, Adler, Ferriere), y materialismo bárbaro, toscamente disfrazado de bio-sociología, en la educación de Rusia soviética. En resumen, oscilan entre dos extremos irreconciliables.

Y los católicos ¿a dónde acuden? Lo natural sería que a Roma; pero lo sorprendente es que a menudo se olvidan de hacerlo así. Y, sin embargo, hay una pedagogía católica, una pedagogía fundada, no solamente en la experiencia científica, sino, además, en la metafísica y en la moral. Como todo cuanto revista el carácter de profundamente católico la pedagogía se abre a lo universal, y abarca, en un grandioso conjunto, el problema de la educación del hombre, en medio de todos los conceptos propios de la vida humana; individuo dotado de vida natural y sobre natural, colectividad que se confunde en un sólo cuerpo místico. Y los otros elementos de esa gran unidad: familia, estado, iglesia.

Tiene, pues, el catolicismo, una solución anticipada al problema educacional, mejor dicho, carece de "problema educacional". Otra cosa es que los propios católicos, muchas veces por ignorancia, muchas por indiferencia, no conozcan los fundamentos y los principios de la verdadera educación cristiana.

Por estas consideraciones, y particularmente por estimar que el momento actual, más que nunca es preciso informarse acabadamente acerca de esta importantísima materia, sería de recomendar a los padres de familia y a los pedagogos que aún no lo hayan hecho, que recorran las páginas, especialmente las ochenta últimas, del magistral libro de F. de Hovre, intitulado: "Le Catholicisme, ses pédagogues et sa pédagogie".

Libro es ése, donde se halla una vasta y completísima historia de la educación cristiana, sin olvidar época ni tendencia hasta donde haya llegado el sentido católico en la enseñanza.

Pero, sobre todo, quisiera señalar lo que a mi juicio es el principal aspecto de este libro: aquellos capítulos en que el autor pasa revista a las tendencias y orientaciones filosóficas de la pedagogía moderna.

Son capítulos admirables y utilísimos. En concisas líneas, se presenta la teoría, se dá noticia de los resultados de su aplicación, y, con una claridad y un método de todo punto encomiables, se expone el error o la verdad contenidos, y se contraponen el concepto católico respectivo.

La escuela nueva, basada en la psicología y en la sociología, merece al autor de "Le Catholicisme, ses pédagogues et sa pédagogie", un estudio extraordinariamente fundamentado e imparcial.

Según F. de Hovre, la Escuela Nueva y sus postulados, no son nuevos, sino para los que se han apartado de la concepción cristiana de la vida.

En cada uno de sus más bellos capítulos, el autor recuerda constantemente que los principios de la Escuela Nueva, significan una reacción contra los sofismas y los errores de la pedagogía liberal, individualista, materialista o pseudo-idealista del siglo XIX. Y demuestra, en el fondo, como la Escuela Nueva se funda en dos aspiraciones básicas y esencialmente cristianas: caridad y vida anterior. (Sentido de cooperación y cooperación y desarrollo psicológico individual, en lenguaje técnico pedagógico).

En resumen, a través de la obra de F. de Hovre, puede apreciarse en toda su importancia, el problema trascendental de la educación. Puede hallarse una información nítida acerca de las tendencias pedagógicas contemporáneas

principales, acompañada de una crítica serena. Y, sobre todo, puede obtenerse una exposición de las grandes líneas de la filosofía educacional católica, que viene a coincidir, en partes fundamentales, con los más esenciales postulados de la nueva educación; por extraño que parezca este inesperado acercamiento, resultado de una sincera evolución de la pedagogía científica hacia las vías eternas señaladas por el catolicismo.

Héctor de Aravena.

LA NATALIDAD EN LAS CLASES DIRIGENTES

En el último número de "ESTUDIOS" dimos cuenta de la activa campaña que actualmente efectúan la Iglesia y el Estado en Italia para contrarrestar la voluntaria restricción de los nacimientos en los matrimonios de las altas clases sociales. Y dijimos que esta actitud verdaderamente suicida adoptada por ellas en tantos países — y en el nuestro entre otros — eran el fruto de ideas de egoísta comodidad, como las califica el órgano del Vaticano y en todo caso amorales, que acabarán por hacer perder a estas prácticamente, y muy pronto, por causa de esta nefanda disminución de la prole, su influencia efectiva como clases dirigentes de la sociedad.

Nos es grato dejar constancia de que simultáneamente con la aparición de nuestra Revista de Junio publicó el doctor Baeza Goñi en "El Mercurio", un artículo cuyas ideas coinciden con las nuestras.

Observa el Dr. Baeza que el crecimiento de nuestra población es simplemente negativo, ya que el factor inmigración es casi nulo, pero que el problema que por de pronto interesa, más bien que el aumento cuantitativo es el que se refiere a la calidad de los nuevos habitantes del país.

Agrega, en seguida, que son los ciudadanos de las clases inferiores y de menor cultura los que se multiplican en una proporción, no sólo absoluta, sino relativamente mayor; y en lo que se refiere al crecimiento proporcional de las clases superiores de Chile, emite los siguientes conceptos críticos que reproducimos, dándoles nuestra completa adhesión:

"Los individuos cultos, los intelectuales, profesionales, de la clase adinerada, etc., es decir, lo que podríamos llamar la élite, cada día tienden a restringir más y más el número de sus hijos, unos por pobreza, la mayor parte por egoísmo y por cobardía ante el porvenir que imaginan cada vez más obscuro. No piensan estos últimos, que la causa tal vez más importante de los trastornos sociales que sufre el mundo, se debe sobre todo a la generalización de estos hechos en las sociedades modernas. La masa, con su número ahoga a una élite cada vez más escasa y de menos valor efectivo"...

"Urge despertar la conciencia nacional con la realidad de hechos tan palpables como los que señalamos. Que la clase superior renuncie al egoísmo suicida de la limitación arbitraria de los hijos. Que como medida, la más eficiente de defensa propia, no tema arrostrar la responsabilidad de tenerlos y educarlos cada vez mejor, sobre todo con el buen ejemplo, de virtudes voluntariamente olvidadas, reaccionando enérgicamente contra todo aquello que atente a la estabilidad de la familia. Que no mire a los hijos como un impedimento para amasar mayor fortuna o una complicación que estorba una vida de placer, en absoluto reñida con la situación actual del país".

Antonio Cifuentes

Libertad, Igualdad y Fraternidad

¿Está en crisis la Democracia liberal? Es esta una pregunta que está en los labios de todos y principalmente de la juventud.

En el análisis que vamos a desarrollar nos colocaremos en el punto de vista de la filosofía cristiana, para juzgar los tres postulados esenciales de la Democracia: "Libertad, Igualdad y Fraternidad".

Concepto de Libertad: Para no incurrir en errores de términos debemos distinguir primeramente, entre libertad natural o libre albedrío y libertad moral. La voluntad se mueve por un bien o por alguna apariencia de bien, que le presenta la inteligencia; ante estos bienes particulares y contingentes la voluntad es libre, es decir no existe necesidad de obrar en determinado sentido ni por parte del sujeto ni por parte del objeto.

Para que esa acción se ejercitase en el orden querido por Dios, era necesaria una norma ética, una ley. Escribe León XIII en su encíclica "Libertas": "Mientras que los que gozan de libertad en tanto pueden hacer o no hacer, obrar de un modo o de otro, en cuanto ha precedido al elegir lo que quieren, aquel juicio que decíamos de la razón, por medio del cual no sólo se establece qué es por naturaleza honesto, qué torpe, sino además que es bueno y en realidad, debe hacerse, que es malo y en realidad evitarse; es decir que la razón prescribe a la voluntad a donde debe tender y de que debe apartarse para que el hombre pueda alcanzar su último fin, por cuya causa ha de hacerse todo. Este ordenación de la razón es lo que se llama ley. Tal es la ley natural, primera entre todas, la cual está escrita y gravada en la mente de cada uno de los hombres, por ser la misma razón humana mandando obrar bien y vedando pecar".

Esta ley natural conocida por toda recta razón, por lo menos en sus principios elementales, es la luz natural que alumbra a

todo hombre que viene a este mundo, de que nos habla el evangelio de San Juan, o sea, "es la ley ingénita en las criaturas racionales". La libertad moral es el poder de hacer algo dentro del límite moral que fija la ley natural conocida por la razón. El Liberalismo confunde estos dos términos: libertad natural y libertad moral y erróneamente dice, que existe una absoluta libertad moral, en una palabra, que la voluntad no está sometida a ninguna ley ética, "cada uno es ley para sí", la moral independiente.

Es curioso preguntarse cómo se ha llegado a esta concepción que tantas repercusiones tiene en las actividades humanas.

Hemos visto que lo fundamental del Liberalismo, es trasladar el eje de la Ética, de la razón a la voluntad. Es la voluntad para el Liberalismo la creadora de la ley. Como reza la declaración de los derechos del hombre de 1789: "La ley es la expresión de la voluntad general". Por eso pide para la voluntad el máximo de libertad, confiando que así se producirá un orden natural, tanto en el terreno civil, como en el económico.

Estudiar las fuentes de estos errores es tanto como querer dar una explicación de todo el mundo que llamamos moderno. Voy solo a indicar las fuentes filosóficas de las cuales parte este predominio del mundo de la voluntad sobre el mundo de la razón.

Su punto de partida se encuentra en Descartes; al colocar la afirmación de la propia conciencia como base del conocimiento, la evidencia subjetiva, sobre la evidencia objetiva. Para Descartes la norma o criterio de la verdad es el sujeto pensante (lo que ve en la idea clara y distinta) y no la verdad misma que se manifiesta al sujeto pensante. El comienza por dudar de la objetividad de la verdad y desde esta base no existe evidencia, porque evidencia objetiva es la misma realidad del objeto que se manifiesta.

Este movimiento iniciado por Descartes y que a la larga había de traer la ruina de toda metafísica, es llevado por Kant al último extremo. Después de destruir en la "Crítica de la Razón Pura", toda realidad del conocimiento, construye esas mismas realidades con postulados de la razón práctica (la voluntad). Dice un crítico español: "Aún el mismo Dios plenitud de toda realidad, ente realísimo, no saldría de la nebulosa región de lo ideal, si Kant, después de haberse encarnizado en la "Crítica de la Razón Pura", con la prueba físico-teológica, la cosmológica y la ontología, no abrasare amorosamente la prueba moral en la "Crítica de la Razón Práctica", convirtiendo la existencia del supremo hacedor en uno de los postulados del imperativo categórico destinado a regir los actos humanos: Kant concede a la razón práctica (la voluntad) lo que negaba a la especulativa (la razón)".

Esto que a primera vista parece no tener ninguna importancia práctica, en el fundamento por el cual se dice que la voluntad es la creadora de la ley y por tanto la libertad de la voluntad es el camino para llegar al orden moral y al orden económico.

Este proceso de la filosofía moderna llega al colmo en Schopenhauer, en el cual la cosa en sí, el noumeno, la X insoluble del problema Kantiano, la eterna incógnita del problema metafísico, no es otra que la voluntad, realidad única y principio esencial de las cosas. En una palabra hemos llegado a la primacía absoluta del juicio de valor sobre el juicio de realidad, todo eso que llamamos Dios, el mundo, el bien, la verdad, no son sino creaciones del Yo, es el Yo, entendiendo por tal la voluntad, la única realidad existente, de la cual no son sino manifestaciones los fenómenos de la naturaleza como los de la inteligencia.

Desde este punto de vista se comprende perfectamente las palabras del Papa León XIII en su Encíclica "Libertas": "Los secretarios del Liberalismo pretenden que en el ejercicio de la vida ninguna potestad divina hay que obedecer, sino que cada uno es ley para sí, de donde nace esa moral que llaman independiente, que apartando a la voluntad

bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites".

Resumiendo: nosotros creemos que la voluntad tiene libertad natural para obrar frente a los bienes relativos y contingentes, pero este obrar debe someterse a la razón, o sea a las leyes naturales divinas, gravadas por Dios en el hombre y que la razón conoce. El Liberalismo confundiendo estos dos órdenes, el natural con el moral, y dando un predominio a la voluntad sobre la razón, estima que aquella es la creadora de la ley, y por tanto la libertad absoluta se impone para conseguir un orden natural.

A la primera concepción llamamos libertad positiva, porque reconoce como inamovibles un conjunto de verdades naturales, conocidas por la razón y a las cuales la voluntad debe someterse. Se caracteriza en la frase de Cristo: "La verdad (que se conoce por la razón) os hará libres". La segunda concepción, que llamamos libertad negativa, al confundir los dos órdenes, el natural con el moral, no exige a la voluntad sometimiento a las normas conocidas por la razón, o sea sometimiento a la verdad, sino solo no coacción, externa a los actos de la voluntad, idea que se fundamenta en último término en que la voluntad es la creadora de la ley (principio de autonomía kantiana). Nosotros creemos que el orden, que es para nosotros un orden moral, se consigue por el libre sometimiento de la voluntad a la verdad, los liberales piensan que el orden, que para ellos es natural, se consigue libertando de trabas inútiles a la voluntad.

La anarquía actual en que se debate el mundo, parece que ha probado suficientemente la falsedad de los principios de autonomía de la voluntad y la ilusión del famoso orden natural que, ni en el terreno civil, ni en el económico ha llegado por esos caminos.

La idea de igualdad.—La igualdad no fué sino la bandera levantada por la Burguesía para barrenar los privilegios de la Aristocracia, y reemplazar la comunidad jerárquica, por la sociedad igualitaria. Pero, ¿es

que la igualdad no es un principio cristiano? Para juzgar las ideas, es necesario investigar el terreno histórico-psicológico en que han nacido y no cegarse con vagas analogías que analizadas más a fondo descubren una antítesis radical y profunda con lo que a primera vista parecían concordar. Lo que les ha pasado a los católico-liberales con la idea de libertad, les ha sucedido a ciertos apologistas con la idea de igualdad.

La igualdad proclamada por la Democracia política nada tiene que ver con el principio cristiano de que todos somos creaturas de un mismo padre y tenemos el mismo fin, ella pretende que todos los hombres son iguales en valor y en fuerzas morales, (principio sentado por Descartes y Locke).

Pío X al condenar a Le Sillón, se expresa con estas palabras: 'Se esfuerza (Le Sillón) en realizar una era de igualdad, que será por eso mismo una era de justicia mejor. Para él, pues, toda desigualdad de condición es una injusticia, o al menos una menor justicia; principio sobremanera contrario a la naturaleza de las cosas, generador de envidia y de injusticia, y subversivo de todo orden social'.

Ya anteriormente León XIII, había explicado categóricamente que, la idea católica del Estado, conforme en esto con la naturaleza, debía ser jerárquica, y daba la razón con esta hermosa comparación: "Así como en el mismo reino de los cielos quiso Dios que los coros de los ángeles fuesen distintos y unos sometidos a otros; así como también en la Iglesia instituyó varios grados de órdenes y diversidad de oficios, para que no todos fuesen Apóstoles, no todos Doctores, no todos Pastores; así también determinó en la Sociedad civil hubiese varios órdenes, diversos en dignidad, derecho y potestad es a saber: para que los ciudadanos así como la Iglesia, fuesen un sólo cuerpo, compuesto de muchos miembros, unos más nobles que otros, pero todos necesarios entre sí y solícitos del Bien Común".

Claramente expone en las anteriores palabras el Pontífice, el principio fundamental en la concepción cristiana del mundo: de que cada hombre ocupa un puesto en la comuni-

dad y existe una subordinación necesaria para que se realice el bien común.

Evidentemente que la jerarquía no está instituida para beneficio de los jefes y de los poderosos, sino para beneficio de la comunidad; no hay en la concepción social cristiana, nada del superhombre de Nietzsche, o de la selección natural de Darwin, en el cual los inferiores son medio material, en manos de los superiores. Los jefes cristianos han recibido el ejemplo de Cristo, en el lavatorio de los pies de la última cena, y saben que su situación privilegiada no es para beneficio exclusivo de ellos, sino para servir a la colectividad dirigiéndola. Desde el momento que la Aristocracia olvidó el viejo principio de que nobleza obliga, entonces la revolución se puso en marcha.

Nunca se podrá achacar al Cristianismo, el disparate de haber defendido la igualdad de las condiciones humanas. El Evangelio dice: "a cada uno según sus méritos" (recuérdese a este respecto la hermosa parábola de los talentos) y esto es precisamente la desigualdad, pero es la justicia. La justicia no supone igualdad para todos, como falsamente se cree, sino igualdad ante valores iguales.

Pero, ahora cabe preguntarse, ¿de dónde procede esta idea de igualdad? La idea de igualdad ante Dios y su gracia (la gracia no es igual para todos, pues, Dios al darla toma en cuenta todo el conjunto de circunstancias concretas), igualdad racial, igualdad de dotes, es una consecuencia del principio fundamental en la ética moderna, de que sólo lo hecho por el individuo, tiene valor moral. Con esto se desconecta el acto moral, del origen biológico e histórico de la persona, y de su relación con Dios, y se funda el valor en la sola fuerza individual aislada.

Proclamar que las dotes naturales, y los valores heredados en la sangre y cimentados en la tradición, no son valores, era el único medio que la burguesía tenía a mano, para derribar los privilegios aristocráticos; esta es la razón por la cual el tercer estado la proclama en la revolución de 1789.

Fraternidad: Entramos a la idea más difícilmente atacable según el parecer de los defensores de la Democracia. La fraternidad

proclamada por los utopistas de la declaración de los derechos del hombre, ha sugestionado a los mismos católicos, haciéndoles creer que en el fondo el movimiento democrático está imbuido de espíritu cristiano, aunque en sus manifestaciones se demostrase tan enemigo de la religión y de la Iglesia.

Al analizar la idea de fraternidad, repetimos lo que dijimos al tratar de la igualdad, no aceptando nosotros la fraternidad tal como la entiende la democracia, no quiere decir que neguemos toda fraternidad, sino que la comprendemos en un sentido distinto.

No aceptamos, con Pío X, aquella fraternidad, "cuyo fundamento se coloca en el amor de los intereses comunes, o, por encima de todas las filosofías y de todas las religiones, en la simple noción de humanidad..." "Esta doctrina católica nos enseña que el origen del amor al prójimo se halla en el amor de Dios" y no en la consideración de intereses comunes o en la semejanza de naturaleza". Estas palabras del Papa nos dejan en camino de descubrir todo el abismo que separa la caridad de la fraternidad.

El abismo está en la distinta concepción que al amor, da el Cristianismo y la Filantropía moderna, que ha dado origen a la idea de fraternidad.

El Cristianismo asigna al amor un valor en sí, indiferentemente de sus resultados (limosna), la filantropía no mira sino a los resultados del amor. Para ella el amor es una de las tantas fuerzas al servicio del bien común, y vale por estos resultados utilitarios. Por eso se declara enemiga del inútil amor a Dios.

Esta concepción utilitaria del amor, desarrollada por los moralistas ingleses de los siglos XVII y XVIII, pasa a Francia y se convierte por medio de Rousseau en uno de los postulados de 1789.

Pero ya no es el amor cristiano, no es el amor al hombre por amor a Dios, sino el amor al hombre por ser hombre, amor que será esgrimido por la filantropía contra el amor a Dios.

¿Dónde buscar la base unitaria de estas tres ideas esenciales de la Democracia: libertad, igualdad y fraternidad? Escribe Hermann Heller: "El pensamiento político contemporáneo es resultado parcial de aquella revolución total del espíritu europeo, que, iniciándose con el Renacimiento, ha transformado por innumerables acciones y reacciones, nuestro sentir del mundo y de la vida. En la Edad Media, la tierra y la obra que la actividad humana creó sobre ella gozaban de segura estabilidad. La autoridad divina extra y supraterrrenal, era firme punto de referencia. La Cultura y la Naturaleza se justificaban y explicaban asentándose sobre base trascendente."

Desde el Renacimiento para acá las cosas comenzaron a cambiar, Roto por Lutero, el concepto de Iglesia, como organismo necesario para la salvación, el individuo se encontró aislado y solitario en sus relaciones con Dios. Roto por Descartes, el orden metafísico, al establecer que el fundamento del conocimiento, no es ya lo evidente, sino la afirmación de la propia conciencia. Roto por fin, por Rousseau, el concepto de comunidad surge la sociedad basada en un libre y artificial contrato de las partes, sin base en la naturaleza humana.

El orden descansa entonces en el individuo y surge la teoría del orden natural racional como un producto creado por el hombre. Se busca una religión natural y una moral natural (Kant): Un derecho natural racional contrapuesto al derecho natural divino gravado por Dios en la conciencia humana; y por fin, un Estado natural y una Economía Natural. Dice Heller: "desde el Renacimiento, la razón humana se considera lo suficientemente autónoma para ordenar la Naturaleza y la Cultura bajo la ley universal de un sistema natural".

Al igual que la física renacentista considera al mundo homogéneo, poblado de átomos iguales (las cualidades — sonido, color, etc. — no son sino vibraciones cuantitativas de la masa, para esta concepción) la sociedad es concebida como formada por individuos racionales, aislados, iguales (átomos).

Resumiendo: En el orden religioso, al

dogma sustituye el libre examen, a la filosofía de lo evidente, la afirmación de conciencia; a la comunidad jerárquica de derecho natural, la sociedad igualitaria, producto de un pacto libre de los hombres; al Estado orgánico, el Estado mecánico.

Como ha escrito sabiamente Heller: "El problema central que ha preocupado a la humanidad europeo-americana desde el siglo XV hasta hoy, es el conocimiento y realización de un orden natural social inmanente. Los distintos núcleos de ideas democráticas, liberales, nacionales, socialistas, y hasta del despotismo ilustrado, son sólo problemas parciales, que se condicionan e implican recíprocamente, e intentos de solución de este problema cardinal".

Hemos llegado al término de este largo análisis. En él hemos querido mostrar, los falsos fundamentos filosóficos en que se apoyan los principios esenciales de la Democracia liberal, ("libertad", "igualdad" y "fraternidad"), que no debe ser considerada como un fenómeno aislado en la crisis total de

las ideas racionalistas basadas en el orden natural.

La Democracia liberal ha fracasado porque sus principios son falsos, porque consideró— como toda la época moderna desde el Renacimiento para acá — el orden fundado en el individuo (egocentrismo) y el orden sólo se puede fundamentar en Dios (teocentrismo).

Queremos terminar con estas admirables palabras de Pío X: "No tenemos necesidad de demostrar que el advenimiento de la democracia universal no tiene nada que ver con la acción de la Iglesia en el mundo; ya hemos recordado que la Iglesia ha dejado siempre a los pueblos el cuidado de darse el Gobierno que consideren más conveniente a sus intereses. Lo que una vez más queremos afirmar, de acuerdo con nuestro predecesor, es que hay error y peligro en atar sistemáticamente el Catolicismo a una forma de Gobierno, error y peligro que son más graves cuando se cifra la religión en un género de democracia, cuyas doctrinas son erróneas".

LIBRERIA CORNEJO

AHUMADA 21 — TELÉFONO 83978

Atendemos pedidos especialmente de Colegios, Conventos, Parroquias, etc.

PEDIDOS POR MAYOR DE LAS CORPORACIONES

EL 10 POR CIENTO DE DESCUENTO.

El pretendido origen simio del hombre

Teodoro Drathen

Innumerables son los libros, los artículos en muchas revistas científicas y los relatos científico-populares en diversos periódicos, que nos presentan la descendencia animal del hombre como la cosa más natural y más sabida del mundo. Hay más de un pueblo de la tierra que permite tales enseñanzas, expreso, en los libros donde la juventud aprende en la Escuela Primaria, las diferentes etapas por las cuales ha pasado nuestra especie, como si fuera esto una verdad de que los sabios tuvieran las pruebas necesarias. Nosotros, en Chile también hemos visto textos escritos para los Liceos que defienden el origen simio del hombre y naturalmente muchos profesores enseñan a sus alumnos tales doctrinas como las traen los textos y los libros generalmente poco serios y bastante sectarios de que, exclusivamente, se valen para su información.

En verdad, hay una superficialidad y ligereza de pensamiento tan inaudita en muchos tratados publicados sobre esta materia, que uno, después de haber leído los famosos "argumentos" o construcciones fantásticas, siente necesidad—como dice Carlos Vogt de los libros de Ernesto Haeckel,—de repasar un capítulo en un texto de Lógica Elemental.

Si Darwin nos dibujó a nuestro antecesor inmediato como "un mamífero peludo, rabilargo, orejudo, con grandes quijadas, pies de cernícalo, trepador, pertrechado de armas ofensivas y defensivas" sabemos que esta descripción de 1871 (*Déscert of man*) ya no se toma en cuenta. Tampoco no se repite ya el famoso dicho de Ern. Haeckel "tenemos los miembros intermediarios todos para representar una larga cadena no interrumpida de antepasados, desde los prosimios (falsos monos) más antiguos hasta el hombre". Guill. Branca ya le había contestado, en el año 1901 "Lo que dice Haeckel es fantasía; no se puede hablar de una cadena no inte-

rrumpida de antepasados del hombre que sea conocida", y Guill. Branca, que era director entonces del Instituto Paleontológico de Berlín, afirma de nuevo la falta de antepasados del hombre, el año 1910, con estas claras palabras: "La Paleontología no conoce antepasados del hombre".

Sin embargo, tendría que ser exactamente esta ciencia, que debiera decidir la cuestión de la descendencia de un tipo de otro, porque en época remota se habría efectuado la transformación y no hacen falta los restos fósiles, como veremos más adelante.

Pero se ha apoderado de la mente de los antropólogos, como una obsesión, el prejuicio que el hombre no puede ser una creación separada. Así Branca mismo, no ciertamente por su ramo especial, sino por influjo de otras consideraciones, admite la descendencia animal del hombre.

En fin podríamos dejar a cada uno con su opinión; pero no podemos permitir que se propaguen opiniones, construcciones probables hipótesis como conocimientos ciertos, como enunciaciones de hechos, sobre todo si pueden causar daños.

No comprendemos cómo p. ej. Weinert, profesor de Antropología de la Univ. de Fed. Guill. de Berlín, en 1929 todavía puede decir las siguientes frases:

"Debemos constatar como un hecho que la serie evolutiva del hombre se ramifica del tronco genealógico de los animales sólo a la altura de los antropomorfos", como si se hubiera probado que antes pertenecíamos a este tronco. Nada de esta se ha probado, ni por él ni por otro; se supone sencillamente que nuestros antepasados cabían en este tronco, cuando se vió que en la ramificación de los mismos monos antropomorfos no cabían.

Tampoco comprendemos la lógica con que O. Abel de Viena (1931) puede escribir que "la cuestión de la descendencia de lo homínidos está resuelta, hace tiempo ya en sentido positivo, y si se asoma de vez en

cuando una tímida contradicción contra este conocimiento garantido, se puede despreciar esto con la misma sonrisa como si alguien afirmara que no se debería dudar de que el sol gira alrededor de la tierra por respeto a ideas que valían tanto en tiempos remotos".

¿Cómo se explica tanta arrogancia de afirmaciones, cuando, como dice Gm. Branca, "la Paleontología no conoce antepasados del hombre?"

Muchos de los que se atreven a pregonar "el hecho" del origen simio lo hacen por sus ideas sectarias que los llevan a admitir todo lo posible e imposible con excepción de la existencia de un Creador. Otros se dejan seducir por las múltiples semejanzas entre los antropomorfos y el hombre, cuando las ven bien aderezadas en una larga lista como un argumento contundente, y la mayor parte repite lo que han leído en libros tendenciosos, científico-populares y por lo demás baratos.

Permítaseme mostrar en un ejemplo de fecha reciente con qué poco criterio y con qué superficialidad se tragan los argumentos más grotescos de la existencia del "missing-link" q. d. del eslabón entre el mono y el hombre.

No hace 2 años todavía, que las revistas europeas científicas y pseudocientíficas nos contaron, con toda la seriedad que merece un hallazgo extraordinario o un invento inesperado, cómo cuatro cazadores en las montañas de Rookan en la isla Sumatra habían cazado un Orang-pendek, es decir un "hombre pequeño", cuya especie por lo demás era conocida entre algunos indígenas y que formaría un ser intermedio entre el hombre y el mono. Nos presentaron dibujos de tales esqueletos y de la piel. El asunto llegó a molestar al gobierno de Sumatra y hasta en el parlamento de Holanda misma se habló con indignación del crimen perpetrado de matar a un ser quizás humano y de no tomar medidas primitivas.

El Gobierno de Sumatra mandó el corpus delicti al Instituto de Buitenzorg en Java y de allí notificaron con la rapidez posible a las oficinas respectivas de Europa que se trataba de un cadáver arreglado por un

indígena hábil y astuto para ganar plata con el curiosum, habiéndole cortado la cola, limado los dientes y afeitado la piel. El cadáver era naturalmente de un mono y parece que es el *Semmopithecus nitratus* que pasó por el Orang-pendek, especie de tan serias reflexiones en los círculos de los sabios durante el verano de 1932.

Si hubiesen conocido el capítulo 13 del 3er. libro de los viajes de Marco Polo, este célebre veneciano, que escribió, hace 600 años, sobre cosas de aquellos mundos, no se habrían entusiasmado tanto por el Orang-pendek y no habrían tenido que llevarse el chasco del chiste de Sumatra. En el citado capítulo nos cuenta Marco Polo de este asunto de Sumatra. Dice allí: "Uno debe saber que es un engaño lo que se narra de los cuerpos disecados de pequeñas criaturas humanas. Estas criaturas humanas se fabrican de esta manera: Hay unos monos chicos con la cara semejante a la del hombre. Se cazan, se les afeita la cara, dejándoles los pelos de la barba y los otros que tiene también el hombre. Entonces se disecan, se preparan con alcanfor y otras especies. Pareciéndose ahora a hombres pequeños, se ponen en cajones de madera y se los vende a los mercaderes que a su vez los venden en todas las partes del mundo. Es un engaño y en ninguna parte del mundo se han hallado hombres de tan pequeña talla como estos monos".

Copié este pasaje para mostrar que los sabios de hoy se pueden codar con los inocentes de aquel siglo, cuando se les apareció el Orangpendek, para reírse de los dos.

Cuán fácilmente ciega este afán de ponernos entre los monos a los científicos de la escuela materialista, lo vemos también en los trabajos de Francisco Anseghino que, en su tiempo, fué Jefe del Museo de La Plata. Poco respetuoso para con el Maestro supremo de los troncos genealógicos, Ern. Haeckel de Jena, se permitió contruir, con su propia inventiva, un árbol genealógico de nuestra especie del Homo-sapiens.

Somos hijos del Prothomo, nietos del Di-prothomo, binietos del Triprothomo, y este, a su vez, llama a su padre Tetraprothomo, el cual, en fin, deriva de un animal que toda-

vía revela tan poco del Homo, que debe contentarse con el nombre del *Collensterium*. Y ¿sobre qué documentos descansa este parentesco argentino?

Son tres huesos sobre los cuales se construyen estos 5 parientes. No hay más que un fémur de algún mono, la calota de un cráneo y la primera vértebra, el famoso "Atlas de Monte Hermoso" de un difunto que, en verdad y según el examen concienzudo de Stolywo no tiene nada de particular. Naturalmente no le gustó a ningún archicientífico europeo esta ascendencia argentina y por lo tanto, no se tomó en cuenta allí.

Es claro que no referiré todos los ensayos hechos para derivarnos de los monos malayos, norteamericanos y africanos o de otras bestias; basta que nos demos cuenta del intenso afán de los evolucionistas extremos de hallar algún hueso viejo, humano o inhumano para dotarle de un nombre griego y luego construir, sobre él, la noble raza humana. Las cunas de la humanidad son tantas, cuantos libros hayan sido escritos sobre nuestros antepasados.

Me parece que la más chic por el momento sería la hipótesis de Weimert, que nos pone cerca del chimpancé y no muy lejos del gorila, dándonos a los tres un padre común, que él no nombra pero al cual lleva en la vía de ascendencia hasta el *Drigopithecus*, género muy abundante en el Plioceno. O. Abel, — y creo que con estos dos no indiqué los más superficiales en los estudios antropológicos — nos deriva de una *Drygopithecus* del Miocono. ¿La razón? Unos dientes fósiles que no son ni los más parecidos a los nuestros; mientras Osborne viene con un *Parapithecus*, que posee el privilegio de una dentadura casi humana. Hay otro *Prosimio* falso como del Terciario que tiene algunas semejanzas con nuestra especie, el *Tarsius*, que por lo tanto también encontró un padrino científico que le puso en nuestro tronco. Se ve que no por falta de monos y semimonos quedamos sin antepasados.

Y si preguntamos, por qué los antepasados simios se transformaron en el Homo sa-

piens o por lo menos en el Homo primigenius, más que uno nos contesta que fué por los cambios del clima en el tiempo glacial. Ohne Eiszeit Rhein Mensch. Sin la época glacial no hay humanidad, es un dicho muy corriente en estos círculos antropológicos.

Creo que, antes de proponerles los indicios que, según los evolucionistas, acusan el origen simio del hombre, debo esbozar nuestra situación filosófico-teológica enfrente de la hipótesis enunciada. Digo hipótesis, porque creo que ya nadie dudará que es absolutamente anticientífico hablar de un hecho, de un conocimiento garantido, de una verdad.

1) El Concilio de Trento exige la creencia del católico en una "peculiaris creatio" del hombre, q. d. debemos creer, que Dios creó al hombre de una manera singular.

2) De ningún modo se puede admitir la transfiguración del alma del bruto en la del hombre. Esto sería contra el dogma y también contra la sana psicología. Así el hombre como hombre no deriva del bruto según la doctrina católica.

3) En cuanto al cuerpo del hombre leemos en el Génesis II. 7, que Dios lo formó del limo de la tierra, y no les parece muy fácil a los exégetas conceder la interpretación p. ej. lo formó no inmediatamente, sino poco a poco de los elementos de la tierra, pasando éstos por muchas formas orgánicas hasta que llegaron a la estructura de un cuerpo apto para recibir el soplo de la vida intelectual-humana.

Por lo menos sería ésta una interpretación no tan extravagante. Pero permítaseme examinar un poco más a fondo esta misma frase del Sagrado Texto: "Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae", como dice la edición de la Vulgata. Claro que esta edición de que se vale la Iglesia en sus ritos y enseñanzas religiosas, es una traducción del griego; y aquí: "chumi apó tes ges" se puede interpretar de dos modos: lo formó del limo de la tierra o lo formó, al hombre, el limo de la tierra. La última versión podría entenderse en este sentido: (en otras partes

de la Sagrada Escritura hay análogas építetos del hombre: polvo de la tierra) formó Dios el hombre, limo o la materia de la tierra.

El texto original, el hebreo "afar min hadamáh", concuerda con esta interpretación gramatical como motivo, porque, Dios llamará aquí al hombre "tierra", barro, limo algo como materia que pertenece a la tierra, podría tomarse cierta rectificación anticipada de la pretensión del hombre que quería ser como Dios, (eritis sient dii, dijo el tentador) cuando comió de la fruta prohibida. Por otra parte no hay tampoco para qué referir en el 2º capítulo la creación del hombre, porque ya se narró bien y circunstanciada en el primero, donde, como Uds. sabrán, se dice: "Hagamos al hombre según imagen y semejanza nuestra, etc... y crió Dios al hombre según su imagen y semejanza, los crió como hombre y mujer". Así que en el 2º capítulo no haría falta el relato de la creación del hombre, razón que nos podría permitir entender el pasaje griego "chun apó tes ges", como (digamos), un apodo del hombre y entonces no diría en cuanto al arte de la creación nada más que Dios es el que hizo al hombre.

Todo este ensayo escriturístico no es invento mío, sino lo leí en el célebre exégeta P. Hummelauer de la Comp. de Jesús.

Naturalmente esta explicación, siendo de todo modo correcta, no la adoptaríamos, sino en el caso que la hipótesis de la descendencia animal del hombre se presentara con mucho más probabilidad científica de la que tiene hoy por hoy.

Entre los sabios católicos más conocidos que no rechazan por completo la posibilidad de la descendencia animal están Miwart, Hugo Obermaier, Ruschkamp, Teilhart, Lorenzo Jansen, (O. S. B.) Brenili, Diekamp, Gottsberger, Koeppel, Leroy, Herm. Muckermann, Pohle C. Schneider, Thone Wasmans, Zahm, algunos de ellos sacerdotes y religiosos. Se entiende que defienden la creatio peculiaris del Concilio de Trento y sobre todo la formación individual del alma humana; y si a los tres primeros les parece bastante probable la opinión, a otros de los nombrados sólo no les parece bien proclamar la imposibilidad.

(Continuará).

CASA MODER

FABRICA DE MARCOS — MONEDA 873 — SANTIAGO

Casa especialista en marcos tallados en maderas, dorados y plateados, modelos originales. — Se compone e imita toda clase de marcos y objetos. — 30 años de práctica.

Precios módicos. — Esta Casa no tiene sucursal.

La Familia y la Escuela Católica

Sara Izquierdo de Philippi.

"Todo cuanto hacen los fieles
"promoviendo y defendiendo la
"escuela católica para sus hijos es
"obra genuinamente religiosa y
"por lo mismo tarea principal-
"sima de la Acción Católica". —
(Pío XI.)

Problema complejo y de múltiples aspectos es el problema de la educación en general por tratarse de la formación del ser humano; cada época, cada civilización lo concibe de diferente forma según sea la ideología que predomina. De aquí que él se nos presenta difícil y complicado en épocas como la nuestra en que debilitado el concepto cristiano de la vida se busca reemplazarlo por ideologías neopaganas, sean ellas de índole materialista o espiritualista.

Para nosotras las católicas la cuestión educacional tiene varios aspectos: la escuela fiscal y la enseñanza religiosa, abuso del Estado en sus derechos, programas y textos de ideología anticristiana, títulos, libertad de enseñanza, derechos de los padres de familia a intervenir en la enseñanza fiscal, etc., etc. Pero hay un aspecto que por lo positivo atrae especialmente la atención de la mujer que trabajamos en la Acción Católica, y éste es: la familia y sus relaciones con la escuela católica de carácter particular y la eficacia de esta escuela para la formación cristiana de nuestros hijos y particularmente de nuestras hijas.

Se siente hoy día verdadero malestar, verdadera preocupación al respecto. Ante la crisis moral porque atravesamos y viendo cómo cunde el mal y cómo invade el campo cristiano y se introduce en los hogares y arruina la familia; cómo van cayendo en desuso las costumbres tradicionales de la raza para ser reemplazadas por excentricidades de origen

dudoso, cómo se ha perdido en fin el sentido cristiano del matrimonio, los que aún tienen criterio se preguntan ¿hasta dónde llegaremos?

Sabido es que cuando la corrupción de costumbres ataca a la mujer es síntoma infalible de decadencia de una civilización, y es hoy día de la civilización cristiana de la que se trata. ¿Dónde está la causa?

El Santo Padre tiene por lema "restaurar todo en Cristo". Lejos de Cristo andamos y por caminos extraviados y de este alejamiento y desamor proviene, sin duda, la anemia que sufre hoy día la sociedad cristiana y si ella que constituye la luz del mundo pierde su brillo, ¿quién la iluminará?

Nosotras, las mujeres cristianas, tenemos un campo de acción bien definido, bien nuestro; primero la familia y después la escuela como prolongación de ella: estas son dos realidades que nos pertenecen por derecho propio y que nadie ni nada puede arrebatarnos. La Iglesia establece, desde luego, sobre base inamovible el derecho de los padres de ocuparse de la educación de los hijos, derecho inherente a su naturaleza, "la familia pues, tiene inmediatamente del Creador la misión y, por lo tanto, el derecho de educar a la prole, derecho inalienable por estar unido con la estricta obligación" (Pío XI; Educ. Crist.).

La educación de nuestros hijos constituye para nosotras la preocupación central de nuestra vida, ya que en el matrimonio cristiano como lo define Su Santidad "ambos esposos recibiendo de la mano de Dios estos hijos con gusto y diligencia los cuidarán como un tesoro que Dios les ha encomendado, no para que lo empleen solamente en utilidad propia o de la sociedad humana, sino para que lo restituyan al Señor con provecho el día de la cuenta" (Pío XI, Matr. Crist.). Tenemos no sólo el derecho sino también el deber, y agrega el Papa "puesto que cuando de la educación de la juventud se trata, no hay jamás derecho de fijar lí-

mite a la pena o trabajo que de ella resulta sean lo grande que sean”.

De modo que estamos obligados a mejorar por todos los medios a nuestro alcance el ambiente en que debe formarse el niño para facilitarle un desarrollo armonioso de sus facultades y ayudarle a realizar en sí mismo ese tipo humano que Dios marcó desde antes de nacer con disposiciones hacia la verdad y el bien, a vencer y corregir las inclinaciones al mal que han dejado en él las huellas del pecado original, a hacer de él un hombre, en el cual reine la armonía de la idea y del acto, un cristiano en fin en el cual se realice lo que San Pablo con tanto ardor expresa en sus cartas, “ese otro Cristo”, armonioso y perfecto hasta donde lo permite nuestra pobre naturaleza ayudada por la gracia.

Pero la educación abarca un vastísimo campo y la familia sola no está capacitada hoy día para dar una formación completa al niño, “por ser menester que las nuevas generaciones sean instruidas en las artes y disciplinas con que se aventaja y prospera la sociedad civil, y siendo para este trabajo por sí sola insuficiente la familia, nació la institución de la escuela” (Pío XI). Sea porque conviene al niño un ambiente más amplio que lo habitúe al trato con sus compañeros diferentes de él y de su círculo familiar; sea porque la forma en que debe adquirir los conocimientos necesarios para su ejercicio espiritual, necesite de personas especialmente preparadas para ello, se forma la escuela. Pero la escuela, como dice Pío XI, “es y será siempre subsidiaria y complementaria de la familia y de la Iglesia”, de modo que los derechos de los padres de familia sobre la escuela son indiscutibles, ya que ella es complemento creado a instancias de la familia para mejor formación de los hijos. Este derecho, lo mismo que todo derecho crea deberes y si es verdad que la familia puede y debe intervenir en la escuela esta intervención deberá ser ante todo una preocupación solícita de ella. ¿Cuál es hoy día la actitud de los padres de familia frente a la escuela católica? En general la estimamos muy pasiva: se reduce generalmente a entregar, cuan-

to antes el niño al colegio, a pedir de éste que lo tenga el mayor número de horas alejado de la casa, que no sólo lo instruya, sino que lo eduque, que le enseñe modales finos, idiomas con acento genuino, que lo haga piadoso y adornado de todas las virtudes, (aunque ellas no se practiquen en el hogar), y que hasta lo haga confesarse y comulgar sin que la madre tenga que preocuparse de ello. Para muchas madres de familia el ideal sería un internado al cual entregar sus hijos e hijas a los 7 años para recibirlos formados a los 18.

Suponiendo que esos establecimientos de educación cristiana fuesen perfectos, ¿sería ésta la manera de realizar el ideal cristiano de educación tal como lo propone la Iglesia?

Ella establece la obligación de los padres de familia de ocuparse de la educación de sus hijos y no existiendo inconveniente grave para hacerlo, deben ellos personalmente cumplir con este deber. En seguida establece que la escuela es una continuación o prolongación de la familia para ayudar a esta y suplir lo que esté fuera de su alcance o por sobre sus fuerzas. Necesario es, pues, mantener la armonía entre la escuela y el hogar bajo la dirección de la Iglesia. Grande es el esfuerzo que hacen nuestros colegios católicos sobre todo los que están regidos por religiosos o religiosas. Magnífica obra de apostolado en que un alto ideal basado en el amor a Dios los lleva a dedicar sus vidas con absoluto desinterés al bien de nuestros hijos. Pero estos establecimientos amparados por la Iglesia no han contado hasta ahora con la colaboración inteligente e indispensable de los padres de familia.

Si nos ocupamos verdaderamente de nuestros colegios católicos y colaboramos con ellos estudiando este problema encontraremos que para formar personalidades cristianas es preciso que el colegio, no sólo dé clases de religión u obligue a los alumnos a asistir a ceremonias religiosas, ya que como dice Pío XI “no basta el sólo hecho de que en la escuela se dé instrucción religiosa (frecuentemente con excesiva parsimonia), para que la escuela resulte conforme con los derechos de la Iglesia y de la familia cristiana y

digna de ser frecuentada por alumnos católicos. Para ello se necesita que toda la enseñanza y toda la organización de la escuela, maestros, programas y libros y cada disciplina, estén imbuidas de espíritu cristiano bajo la dirección y vigilancia materna de la Iglesia, de suerte que la religión sea verdaderamente fundamento y corona de toda la instrucción en todos los grados, no sólo en el elemental sino en el medio y superior. "Es necesario (dice León XIII), que no sólo en horas determinadas se enseñe la religión a los jóvenes, sino que toda la formación restante exhale fragancia de piedad cristiana".

Algo lejos estamos de este ideal de formación total cristiana cuando observamos el poquísimo criterio con que se estudian las materias de enseñanza secundaria. Tomemos por ejemplo la historia o la literatura. Podría citar numerosos casos de experiencia personal: preguntada una alumna de tercer año cual hecho histórico despertaba en ella mayor entusiasmo, contestó: "¡La Revolución Francesa! "y la "Unidad Italiana!". En cambio los pueblos eminentemente católicos y cuya gloriosa historia puede llenarnos de orgullo a los sudamericanos, como España, ocupa en la enseñanza un lugar secundario y deslucido. De la historia de la Iglesia tan íntimamente unida a la historia de la cultura humana, se tiene una débil idea que no despierta entusiasmo en las mentes juveniles. Respecto a la literatura las cosas no andan mejor, gran relieve tiene la figura de Voltaire y Rousseau, pero a Dante se le ignora. Se estudia (?) el Renacimiento poniéndolo en parangón de luz y sombra con la Edad Media. Necesitamos que historiadores o literatos protestantes vengan más tarde a hacernos comprender la grandeza de un Felipe II.

Más grave aún resulta esta falta de armonía cuando ciñéndose nuestros establecimientos al programa oficial del Estado, adoptamos este programa sin escoger lo bueno y rechazar lo malo y peligroso, olvidando que debemos defender así los derechos de la familia ante tal abuso del Estado.

Nuestros establecimientos católicos están

hoy día al capricho de las reformas o deformas del programa oficial.

Necesitaríamos la colaboración estrecha entre padres y maestros para que con verdadera conocimiento en la materia se hiciera esta selección y esta defensa. Necesitamos buenos padres de familia y buenos maestros "ya que las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas "ordenaciones cuanto principalmente de los buenos maestros" (Pío XI). ¿En dónde se forma el profesorado católico nacional? ¿En dónde recibe normas y enseñanzas cristianas? Urge la creación de un establecimiento de esta índole que alivie y ayude a los colegios de enseñanza secundaria.

Otro punto de vital importancia para el espíritu cristiano es la pedagogía o normas que sirven en el colegio para estimular al niño al estudio y provecho. Aquí como en todo lo demás se ha infiltrado suavemente el espíritu esencialmente egocéntrico de la filosofía del último siglo. Nos parece aceptable y hasta recomendable el sistema que pone por base del aprovechamiento del niño la emulación.

Se pretende mantener la emulación en un terreno levantado, pero se olvida que la naturaleza humana ha sido viciada en su origen y que de la emulación a la rivalidad y de ésta a la envidia y al odio hay un solo paso. ¿No sería más sencillo y más cristiano despertar en el niño el amor a Dios que lo haría cumplir con su deber por agradarlo y y hacer su voluntad? ¿Creemos o no creemos que es nuestro Padre y que se complace en ver su imagen en nosotros?

¡Vivir en la presencia de Dios, esta es la mejor pedagogía es el colegio como en la vida! Premios, puntos, bandas y medallas, otras tantas manifestaciones de esta anémica pedagogía basada en el amor propio más que en el amor a Dios.

Sería conveniente estudiar y tomar de los métodos llamados nuevos orientaciones pedagógicas más de acuerdo con el ideal cristiano, siguiendo el consejo del Santo Padre: "Que el maestro cristiano tome y aproveche cuanto de verdaderamente bueno en las dis-

ciplinas y métodos ofrecen nuestros tiempos, acordándose de lo que dice el Apóstol: Examínad todas las cosas y ateneos a lo bueno" (Pío XI).

Nos quedarían aun puntos muy importantes que estudiar, sobre todo, en lo que se refiere a la formación cristiana de la mujer. ¿Debemos mantener para ella el mismo programa de estudios que para los hombres? ¿No sería más acertado una equivalencia de materias en la instrucción femenina y masculina? Para ello necesitaríamos mayor libertad de enseñanza y el poder presentar programas propios para ser aprobados por el Estado. Interesante campo de acción para los padres de familia.

Aparte de la enseñanza científica, creemos que la mujer cristiana necesita de una formación más apropiada al rol que desempeña en la vida humana y que esta formación es

difícil dársela mientras la vida de colegio y tareas que de ella se derivan, absorban todo su tiempo.

Hay quienes piensan que esta formación debe ser obra de la escuela, ¿no sería más propio darla en el hogar? Para ello limitaríamos las horas de clase a lo indispensable y el resto del tiempo lo pasaría la niña en su casa al lado de su madre, aprendiendo de ella en forma práctica y lógica todo aquello que afirma su feminidad. ¿Por qué cargar a los colegios con deberes que son propios del hogar?

Como vemos, estos puntos y muchos otros serían materia de un constante estudio hecho por los educadores, padres y maestros para que ayudándonos mutuamente, nos dedicáramos a la noble tarea de la formación cristiana de nuestros hijos.

Farmacia Hochstetter

Bolica - Drogueria

Casilla 325 - AHUMADA 41 - Teléfono 88290

Sección Homeopatía

Abate Jacques Leclercq

La Iglesia ante el totalitarismo y el Estado Nacional

La nueva concepción del Estado puesta en evidencia por el fascismo y el nacionismo, coloca a la Iglesia ante un problema de adaptación. Algunos encuentran eso difícil como se encontró difícil durante un siglo la adaptación de la Iglesia al Estado liberal. Algunos llegan a proclamar muy alto la oposición irreductible entre la Iglesia y el nuevo Estado. Unos y otros no conocen ni la Iglesia ni su doctrina. La Iglesia se adapta fácilmente a los regímenes políticos. Si el liberalismo engendró una larga crisis, esto no sucedió sino en Francia y en algunos países latinos en donde el liberalismo fué el pretexto de la persecución religiosa; en Bélgica como en muchos otros países, la adaptación fué fácil.

Distingamos. La Iglesia no se adapta a los gobiernos que la persiguen, pero esto no es cuestión de régimen político. La Iglesia se adapta fácilmente a todos los regímenes desde el momento que éstos respetan sus derechos.

Ya es tiempo de estudiar más de cerca la adaptación de la Iglesia al nuevo régimen, pues el parlamentarismo parece haber terminado, y como en varias partes este nuevo régimen será sin duda impuesto dentro de algunos años, es preciso prepararse.

II

En el régimen fascístico-nacista es posible distinguir, un aspecto doctrinal, el totalitarismo, y un aspecto orgánico, el Estado Nacional.

El totalitarismo es una concepción teórica que el fascismo proclama en cada esquina: todo por el Estado, todo en el Estado, todo para el Estado. El Estado es lo único absoluto; el individuo no existe sino en el Estado y para el Estado.

Es evidente que esta doctrina tomada al pie de la letra es inconciliable con el Catolicismo. La Iglesia reivindica una soberanía espiritual absolutamente independiente. A primera vista parece inconcebible que el Vaticano llegue a entenderse con el Fascismo; sin

embargo los hechos están ahí, sobre todo el hecho bien patente de que el gobierno fascista por medio de los acuerdos de Letrán, ha hecho a la Iglesia concesiones que ningún gobierno parlamentario se las hubiese hecho jamás.

En estas condiciones el observador imparcial se pregunta si acaso no hay mucho de literatura en los discursos "totalitarios". Se acuerda también de que las mismas palabras no tienen el mismo valor en labios italianos o belgas. El inglés dice menos que lo que él piensa, el italiano dice más. Un flamenco afirma su preferencia por un diminutivo, un italiano por superlativo; el italiano no será sólo patriota sino patriotísimo y si encuentra necesario resforzar el concepto de Estado, dirá que todo debe hacerse a servicio del Estado.

Seamos pues prudentes antes de dejarnos llevar por la indignación en contra de las fórmulas radicales del totalitarismo. Consideradas en sí mismas son falsas; trasplantadas entre nosotros amenazan hacer más daño que bien; pero tratemos de reducirlas a sus verdaderas proporciones; acordémonos ante todo que el Fascismo y el Nacionismo no son sino secundariamente movimientos de ideas. Son movimientos de acción, de restauración nacional; el fin es un fin práctico: volver al equilibrio al Estado y al país. Los principios que ellos proclaman no son sino fórmulas que se consideran útiles para el momento. A este respecto es interesante comparar las declaraciones de Hitler jefe de la oposición y de Hitler canciller del Reich. Esto es lo que distingue al Fascismo y al Nacionismo de la Acción Francesa ya que ella pretende ser la escuela del pensamiento.

III

Parece por lo tanto más propio para comprender el régimen nuevo mirarlo vivir que escucharlo hablar. Prácticamente consiste en sustituir el régimen parlamentario por lo que Hitler llama el Estado Nacional.

La diferencia esencial entre los dos es que el Estado Nacional es unitario en el sentido de que todos los órganos del Estado están unidos al gobierno y dependen de él; que tienen por fin participar del gobierno o ayudar a los gobernantes a gobernar, en tanto que el régimen parlamentario posee sus órganos de crítica, de oposición, órganos que para evitar el abuso del poder impiden hasta cierto punto a los gobernantes gobernar. El régimen parlamentario ha llegado a ser en la práctica un régimen de partido, es decir de grupos particulares que buscan el modo de apoderarse del gobierno para hacer triunfar sus ideas que no reflejan las de la Nación y a menudo muy diferentes de los intereses de la Nación.

Estamos tan habituados a este orden de cosas que no nos apercibimos de que es una desviación del régimen parlamentario. Este tuvo por fin en su origen el oponerse al rey, es decir a los gobiernos que representaban a la nación concebida como un cuerpo distinto del príncipe. El Parlamento tenía por objeto velar para que el príncipe cumpliera su misión de defensor del bien común. Para esto no tenían necesidad de estar divididos en funciones. Pero habiendo el Parlamento usurpado de hecho el poder, éste ha sido ejercido por hombres de confianza del Parlamento; el control se ha reducido a la oposición de una minoría contra la mayoría y ni el Parlamento en su acción ni el Gobierno, representan hoy día al conjunto de la Nación.

Así se explica esta paradoja, que Mussolini y Hitler puedan proclamarse sin caer en el absurdo los verdaderos representantes de la Nación en oposición al Parlamento que sólo representa partidos. En el parlamentarismo moderno nadie puede arrogarse el derecho de hablar a nombre de la Nación. Aún cuando el Parlamento llegue a tener voz unánime de la Nación, puesto que esos parlamentarios han sido elegidos los unos contra los otros, no para unirse sino para combatirse; su unión no puede ser sino ocasional y estará en oposición con el espíritu del régimen tal como lo conocemos. Es de tal manera cierto lo que decimos que hemos podido observar

en Bélgica los últimos años la intervención del Rey para oponer a la voluntad del Parlamento evidenciada por un voto de mayoría, la voluntad nacional. No podemos imaginar nada más contrario al espíritu de nuestras instituciones ya que ellas han hecho del Parlamento el representante de la voluntad nacional encargado de controlar al Rey. El hecho de que estas intervenciones hayan podido suceder, que hayan sido justificadas y hayan satisfecho la opinión pública, muestra que el régimen parlamentario anda descarriado. El día en que el rey se constituya en el verdadero representante de la Nación frente a un Parlamento que solo representa a grupos se marcha necesariamente hacia un Estado Nacional tal como lo han establecido Hitler y Mussolini.

Queda por averiguarse si es efectiva la unanimidad de la cual hacen alarde los regímenes fascista y nacistas. En el hecho el medio más seguro para realizarlo es meter preso o dar de azotes a aquellos que hacen oír alguna nota discordante.

Pero todo esto nos lleva lejos de nuestro objetivo. Este artículo tiene por objeto investigar cuál es la posición de la Iglesia frente a este régimen.

La Iglesia se encuentra frente a un Estado en el cual no caben los partidos organizados que representan intereses y conceptos particulares. No tiene, pues ella necesidad de recurrir a un partido o de favorecer la formación de un partido consagrado a la defensa de sus derechos. Me parece a este respecto que ha sido mal comprendida la facilidad aparente con la que el Centro alemán ha aceptado disolverse. No nos hemos dado cuenta de que en un Estado Nacional un partido político no tiene ya razón de ser; un partido político sólo se comprende en un Estado Parlamentario en donde servirá de equilibrio a los otros partidos. En el Estado Unitario creado por el Fascismo y el Nacismo, este partido sería una monstruosidad si no existen otros partidos contra quienes combatir o bien equilibrar, no podría concebirse sino como instru-

mento de combate contra el Estado, es decir como una institución revolucionaria.

El Estado Nacional pues, no admite partidos organizados. ¿Se concluirá entonces con la divergencia de ideas y oposición de intereses? Sin duda no; pero deberán encontrar otras vías para manifestarse.

¿Cómo hará la Iglesia valer sus derechos? De dos maneras: Primero por negociaciones directas de la Autoridad Eclesiástica con el Estado; ya lo he recordado más arriba el Estado Fascista como el Estado Nacista han aceptado este camino con ciertas dificultades de adaptación en Italia y de consecuencias en Alemania, pero con una franqueza que muchos gobiernos parlamentarios podrían envidiar.

En seguida por la influencia de los católicos en el Gobierno. Porque no hay ningún motivo para que no haya católicos, y buenos católicos, tanto como otros entre los dirigentes del Estado Nacional y puedan hacer sentir su influencia. Todo esto es tan sencillo y tan claro que uno se explica que la Santa Sede se haya adaptado tan rápida-

mente a esta nueva situación. Desgraciadamente nuestros católicos no tienen esa maravillosa elasticidad que no se apega sino a la verdad. Ellos juntan cosas tan disparatadas como la verdad y el régimen parlamentario, y caen en treinta y seis confusiones.

IV

Si los no católicos se ponen a la cabeza del Estado Nacional habrá a menudo dificultades con la Iglesia. Lo hemos visto en Alemania con las excentricidades nacistas y los proyectos de selección. La causa es que los buenos católicos han sido incapaces de ponerse a la cabeza de la Nación; es pues a ellos a quienes hay que hacerles el reproche. En Austria y en Portugal, la dictadura es ejercida ciento por ciento por católicos; también se ejercitan en la experiencia del Estado Nacional, pero sin las exageraciones que encontramos en otras partes.

Que nuestros jóvenes católicos aprovechen la lección y que cuando llegue el momento de instaurar el Estado Nacional que sean ellos los que se encarguen de hacerlo.

Botellería y Fiambrería «Standard»

ESTADO 129 — TEL. 88442 — SANTIAGO.

Productos escogidos de 1.ª calidad. — Vinos, licores de varias marcas, en especial de la Quinta Normal. — Conservas, Frutas secas, fiambres, quesos, mantequilla, etc.
DESPACHO INMEDIATO A DOMICILIO.

Ramón Subercaseaux

PALESTINA

(Conclusión).

Hemos vuelto a Jerusalén y ahora queremos visitar el Cenáculo. Tristemente circundado por cementerios encontramos a este insigne santuario; lo explotan unos fanáticos y voraces musulmanes que hacen pagar alto precio de entrada a los cristianos. Los guardias son dueños de una concesión hereditaria como se hiciera con una mina, con un peaje.

Si no son exactamente los mismos muros y bóvedas, es este el mismo sitio donde Jesús hizo el discurso sublime de la institución de la eucaristía. La fé, apoyada por cierta fantasía ve a los apóstoles tomando asiento en torno de la mesa prestando atención, como en el célebre fresco de Leonardo de Vinci, a Jesús divinamente bello y expresivo, iluminado, grave y melancólico, que pronuncia palabras misteriosas mirando al cielo y elevando sucesivamente el pan y el cáliz...

En esto interrumpen los musulmanes que se ponen a contarnos a nosotros y a contar el dinero. Vamos lejos y se les siente quejarse entre ellos volviendo a contar las piezas de plata.

Allí muy cerca se encuentra el sitio donde la Virgen María terminó su vida natural. Lo llaman la Dormición, palabra especial para significar el estado especial de una muerte incompleta, digámosle así. En su viaje a Jerusalén el último emperador de Alemania rescató la propiedad y la puso en manos de una congregación benedictina. Pero el Sepulcro, refaccionado por los cruzados, se encuentra en otro extremo de la ciudad, cerca del huerto de los olivos. Hoy es discutida su autenticidad por aquellos que creen que San Juan se fué a Efeso llevando de firme a quien Jesús le señaló desde la Cruz como su nueva madre. Pero la tradición de Jerusalén es muy firme y nosotros por lo menos fielmente la respetamos. Un apócrifo atribuido al mismo San Juan nos cuenta los

hechos de esta manera: Un día, como el deseo de ver a Jesús agitara a María hasta hacerla derramar lágrimas, un ángel se le presentó y entre otras palabras le dijo: "Ave María, hé aquí una palma del paraíso que dentro de tres días harás llevar delante de tu féretro, porque tu hijo te espera" y ella contestó: "Dime tu nombre, pero ante todo quiero que mis hermanos los apóstoles vengán cerca de mí para verlos con mis ojos antes de morir".

San Juan llegó el primero saludando a la Virgen, quien le dijo llorando de gozo: "Hijo mío, tu recuerdas las palabras del maestro recomendándome como madre tuya. Ahora el Señor me llama; a tu solicitud me confío. Lleva esta palma delante de mi cuerpo hasta entrar a la tumba".

Al tercer día después de la muerte, de esta muerte singular baja Jesús en medio de una cohorte de ángeles. El arcángel San Miguel presenta el alma de María, y Jesús dice: "Levántate, madre mía, tabernáculo de gloria, vaso de vida, templo celeste, a fin de que así como nunca sufriste de mancha alguna, no sufras ahora de la descomposición del cuerpo". Y la tropa de ángeles voló al cielo con María.

El Cenáculo y sus inmediatas vecindades tienen otra cosa que decirnos. La colina que allí mismo comienza a tomar altura es Sión, cuna de la ciudad Santa, la suspirada Sión, residencia de David y alcázar que guarda el Arca de la Alianza.

Allí compuso David sus salmos y allí fué enterrado. El punto preciso es tenido como conocido; así se explica el celoso interés de los musulmanes por el mismo Cenáculo considerado por ellos como mezquita de privilegio. El rey-poeta yace de este modo bajo la misma sala de ese extraño edificio sobre todo punto memorable donde se instituyó el Sacramento y donde más tarde se hizo sentir

la venida del Espíritu Santo. Y no es todo: bajando un camino marcado por unos olivos miserables está el verdadero lugar del llanto de San Pedro, según la invariable tradición local, y todavía más abajo el árbol seco y roñoso que dicen conservado por haber servido a Júdas para colgarse. No olvidemos que Jerusalén es una ciudad pequeña. Las antiguas murallas que la encierran miden poco más de cinco kilómetros y más de una vez hemos recorrido el cerco a pié en menos de dos horas.

¿Y el templo de Salomón? No queda de él más que la esplanada silenciosa y magnífica que sustentó a esa maravilla de la arquitectura. Cipreses, no añosos sino seculares, graderías y balaustradas de mármol en ruina, templetos y columnas solitarias, fuentes de piedra y de jaspe interrumpen de aquí y de allá la blanca e inmensa superficie sobre cuyo centro se alza hoy la mezquita de Omar. Fabricada en el siglo sexto de la era cristiana ella se conserva entera, elegante, como si fuera de ayer. Considéranla los musulmanes segunda en jerarquía después que se fundó la de la Meca. Los cruzados, arrancaron la media luna de la cima reemplazándola por la cruz, la cual volvió a caer para que todo quedara como el día de hoy.

Sin duda esa esplanada es la más hermosa que hay en el mundo. Si el significado histórico de ella es incomparable, el espectáculo oriental de los barrios vecinos, de las cúpulas y de los establecimientos cristianos que sobresalen de la ciudad y del Monte de los Olivos que está enfrente y del Valle de Josafat que a sus pies se extiende y se prolonga, le dispensan otra hermosura, original y espiritual que por cierto dejará por siempre impresionado al peregrino, al poeta o al artista. Es casi el único sitio que hace descansar de ese inmutable paisaje de astro muerto que caracteriza a la Judea.

Desde aquí, por otra parte se llega a comprender bien lo que se llamaría la topografía de la comarca. Y es la misma que describe el Tasso en su canto tercero de la Jerusalén Libertada cuando dice, en la traducción española del siglo XVIII:

Jerusalén descansa en dos collados
De igual altura, frente a frente,
Y en medio de dos montes levantados
Un valle parte y muestra la eminente:
Difícil cuesta tiene por tres lados.
Por otro apenas el subir se siente;
Más altísimo muro la defiende
Del lado que hacia Bórneas tiende.

Después del dominio romano el famoso terrado pasó siglos de abandono; fué el muladar de la ciudad. En lugar del templo hecho por Herodes, que Tito destruyó a fondo, el emperador Adriano levantó otro consagrado al Júpiter.

Este templo de Herodes, comenzado veinte años antes de Jesucristo fué sin duda el más imponente de los tres que se sucedieron dominando la esplanada o terrado del Haram, como lo llaman los habitantes de la ciudad.

No era el monumento como se creyera, un edificio concebido para abrigar mucha concurrencia de gente; era, más que eso, un desarrollo de partes correspondientes a diversos usos del culto y que, para la vista, debían de formar un conjunto admirable, grande y grandioso a la vez. La unidad artística le venía de la misma planta de piedra con que hoy se muestra en sus treinta metros de elevación sobre el valle de Josafat que a sus pies se alarga. En contorno corrían las filas de dobles columnas que sostenían los pórticos y galerías. Y el centro era ocupado por el Sancta Sanctorum impenetrable y misterioso. El estilo es greco-romano y las proporciones buenas, nobles y clásicas.

Mirando en espíritu ese cuadro impresionante de arquitectura y ese fondo violado de las montañas de Moab, no es difícil para la imaginación ver también el soberbio pórtico de las ciento sesenta y dos columnas, y a Jesús paseándose en el mismo sitio a que parece referirse el evangelista San Juan. Allí está el velo no rasgado aún y los demás ricos objetos de la orfebrería levítica allegados en muchos años, hasta que a la vista de Tito y cumpliéndose el anuncio, cayó todo roto y quemado.

Siguiendo este relato en modo retrospectivo nos encontramos con el templo de Zorobabel, que después del cautiverio de Babilonia reemplazó al de Salomón destruido que fué por Nabucodonosor. Esta casa de Jahová era inferior según se desprende de los documentos encontrados, y las circunstancias fueron llevándola hasta convertirla en una fortaleza, como la encontró el ejército romano de Pompeyo.

La fama universal de Salomón y las descripciones minuciosas de la Biblia tributan al primer templo una gran importancia. Y es admirable como los arquitectos y eruditos han llegado en los últimos años a trazar planos y perspectivas de esta fábrica de tan remotos tiempos.

Resulta de la reconstitución que el monumento era concebido con elegancia y efectivamente con magnificencia. El estilo no es griego ni romano, que todavía no estaban fijados, sino que egipcio o fenicio: torres de proporción castigada y columnas con chapiteles en forma de flor de loto, precursor del chapitel corintio. Maderas de cedro traídas del Líbano y metales ricos lucían en muchas partes su bruñida superficie.

Profundicemos ahora un poco bajo la gloriosa explanada que supo soportar a través de los siglos tan sustanciales maravillas. En suma ella no es más que una meseta artificial del Monte Moriah, mencionado en la Escritura como el lugar del sacrificio de Abraham. El subsuelo de Jerusalén se halla así ennoblecido por Abraham, por David, por María y por Jesús.

El murallón de enormes piedras salomónicas que hoy por el Oeste sostiene la gran base que hemos descrito parece una fuerte ciudadela, y es el sitio del llanto de los judíos. Vienen por fuera los días viernes, más mujeres que hombres a llorar de verdad y es un espectáculo más bien triste que curioso.

Una anciana, atada de cabeza como una mujer chilena del campo, deja la piedra bañada en lágrimas. Y un judío barbón con rizos sobre las sienes, leyendo un libro sucio, viejísimo dice una especie de letanía

contestada por los vecinos y que se nos ha traducido de esta manera:

Lloramos aquí sentados y solitarios.—Porque el templo fué destruido.

Te rogamos, compadécete de Sión—Llama a los hijos de Jerusalén.

Dáte prisa libertador de Sión—Habla al corazón de Jerusalén.

Al bajar de la explanada y salir hacia el Monte de los Olivos, lo hacemos por la gran portada de piedra bermeja levantada por Solimán sobre la misma puerta de salida que siempre en ese lugar existió. Se llama la puerta de Sitti Mariam y la hemos visto guardada por un centinela sentado cabeceando bajo el arco. Por ella entraba y salía la Virgen María niña, cuando era alumna del Templo al cual pensaba dedicar su vida. Se entiende que allí había una especie de seminario donde era cultivada, junto con el estudio de las escrituras, esa nobleza virginal que debía de ser el distintivo de las alumnas, futuras vestales de Jehová.

Seguimos bajando fuera de la explanada por el sendero áspero y angosto que nos conduce a la gruta de Getsemaní. Digamos otra vez la relación al diario llevado por doña Amalia Errázuriz:

“¿Cómo podré decir lo que pasa por el alma cuando se penetra a esa gruta, cuando de rodillas sobre la roca y el rostro a tierra se piensa que allí Jesús desfalleció en el más terrible tormento, en desolación y angustia atroces? El sacrificio aquí aceptado por Jesús se completa en el sacrificio del altar; su sangre derramada en el sudor de la agonía se ofrece de nuevo y en el mismo lugar. ¿Cómo no sentirse penetrada al contemplar en el espíritu la trágica escena: aquí por mi rescate el Salvador sintió el alma triste hasta la muerte. Este suelo que piso, esta piedra que toco con mis manos han sido regados por su sangre?”

Se nos conduce en seguida al propio Huerto de los Olivos. Retoños de antiguos tallos, son venerados unos antiquísimos troncos que se dice presenciaron la soledad de Jesús

y la traición de Júdas. A los pies florecen rosas, jazmines y violetas que los franciscanos cultivan amorosamente.

Bajando más y más entramos en el cementerio abierto llamado valle de Josafat y que más propiamente es una quebrada que se va ampliando como para contener los innumerables seres humanos que un día serán llamados por la fatal trompeta. Se vé aquello como una gran superficie pavimentada de lápidas judías, musulmaans y otras, porque la creencia del juicio póstumo en este valle es, digamos, universal.

A la izquierda se halla la sepultura de Absalón, el hijo rebelde de David; por la derecha no se pierde de vista la de María, madre del Salvador. La relación local de padres a hijos dice que los judíos irán del lado de María y los réprobos del lado de Absalón. Se está viendo siempre el murallón que sostiene la plataforma del antiguo templo cerca de cuya base serpentea el sendero que llevó a Jesús, con la patrulla de Júdas que lo había prendido. También vemos hacia abajo el reino de los leprosos o sea el desnudo caserío blanco, alineado en medio de un secano color de fierro oxidado donde pretenden vivir unos pocos olivos raquítricos, esqueletados.

Pero hasta ahora el Monte de los Olivos no lo hemos visitado más que en su base. La subida es larga y penosa. Antes de la mitad ya nos sujeta el Carmen del Pater, el convento de Carmelitanas, primorosamente situado para los seres que viven de la contemplación. ¿No están allí casi a la mano por un lado la cumbre de la Ascensión y por el otro el Gólgota de la Crucifixión?

Nos hemos detenido contemplando la admirable vista que a nuestras espaldas se extiende; la entera ciudad de Jerusalén encerrada en sus fuertes muros de piedra. Las cúpulas, torres y azoteas se atracan unas a otras; el color es todo pardo, calizo. Ni un espacio libre exceptuada la explanada del antiguo templo; ni una plaza, ni un jardín. Y fuera del recinto, otra vez el campo desolado, triste y seco; el mismo paisaje duro rodeando a la ciudad que no se parece a otra

alguna, que infunde sensación de muerte, y que si tiene una vida es la vida del alma, de la fe y la esperanza.

No dudamos que fué desde esta altura desde donde Jesús dijo: "Vendrán días contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras y te pondrán cerco por todas partes... Jerusalén que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuantas veces quise allegar a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste". ¿Y por qué el sitio es llamado del Pater? Aquí habla otra vez la tradición para decirnos que es el lugar donde Jesús compuso y enseñó la oración de las oraciones, el Padre Nuestro que rezamos todos los días, en grandes letras y en 32 lenguas diferentes.

El Pater es un medio camino. Volviendo a trepar el cerro, que ya se ha puesto empinado, llegamos cansados a la cumbre y es el sitio de la Ascensión del Señor. Lo cubre otra Mezquita, y se sufre de nuevo la repugnancia de los guardianes turcos fijando precio. A pesar de todo, la última pisada del Salvador fué aquí, aquí mismo. Pensar en esto mueve a devoción, y al deseo místico de la patria celestial.

"¡Qué dulce sería la muerte si nos llevara cuando el alma tiende a desprenderse de cuanto nos amarra en la tierra dice otra vez el diario que nos ha guiado. Más nuestro momento no es el de Dios; el dueño de la vida y de la muerte lo ha dispuesto de otra manera; hay que levantarse, andar, hablar, y seguir adelante. Vendrán nuevas penas, nuevas tempestades de las que estremecen y dejan a uno medio muerto. No importa: hay que vivir, hay que luchar. El corazón, a medida que en la vida se avanza, con más fuerza se apegará a todo lo que le desea agradable y lisonjero. Habrá que desapegarlo aunque sea destrozándolo porque ha sido creado para Dios y sólo hallará la paz cerca de Dios".

Los peregrinos, después de besar la huella de Jesús siguen adelante con su admirable jornada, y torciendo un poco el rumbo hacia abajo entran en la aldea árabe que hoy

se llama Betania, y que era una pequeña ciudad de Lázaro y sus dos hermanas, donde Jesús se refugiaba a descansar pasando horas tranquilas en el hogar de su familia. Uno se imagina un sitio risueño, agradable, pero no son hoy día más que callejuelas y casas arruinadas, polvorientas.

Allí cerca se encuentra el propio sepulcro de Lázaro; se baja por una escalera oscura de 20 gradas. Y todo corresponde exactamente a lo que el Evangelio dice cuando Jesús manda quitar la piedra, hace una oración y grita: Lázaro levántate.

* *

Bien conocidos son esos vericuetos de Jerusalén, cubiertos por bóvedas que los hacen oscuros y misteriosos. Las pequeñas tiendas exhiben sus mercaderías mitad europeas, mitad orientales. Cuelgan los rosarios con brillos de topacios y de nácar. Los cirios decorados forman hileras de mayor a menor, como tubos de órgano.

Entramos ya al barrio musulmán. No más señas de cristianismo, porque las divisiones por religión son efectivas en el mapa de la ciudad. Va de intérprete el árabe Daud, David en español, bautizado y educado por religiosos franceses. Caminando, trepando y bajando por las callejuelas nos va explicando cuanto se nos presenta. A pesar de sus 19 años tiene con sus faldas de seda listada, su filosofía propia, como la tiene todo oriental auténtico. Aquí vive un hombre muy rico, dice, pasando frente a una casa mejor que las otras. Tiene seis mujeres, pero es malo como todos los musulmanes; y hay que considerarlo, sin embargo, por ser malo y por ser musulmán.

Frutas, legumbres y otros comestibles desbordan desde los mostradores hasta la calle donde se confunden compradores, mujeres envueltas, asnos que trotan arreados y niños árabes que corren parejas con ellos.

Y siguen otros baratillos de ropa hecha, perfumería y bordados asiáticos. Es un bazar completo, animado, bullicioso y pintoresco en toda forma. Naturalmente el gentío es

todo árabe y mahometano; algunos pasan a caballo. El árabe es buen jinete, y el que es hombre acomodado hace sus viajes magníficamente montado. Algunos hemos encontrado en los caminos, derechos y arrogantes envueltos en sus capas blancas que cubren traje bordado y dejan asomar más de un mango de puñal; van tranquilos con el aire dignos de las razas antiguas; así debieron de ser vistos los reyes magos.

Y, a caballo, van ahora nuestros peregrinos franceses y chilenos a hacer la excursión de Jericó. Otra vez, el primer alto se hará frente al Monte de los Olivos, y por un camino bordeado de tumbas antiquísimas. Desde muy lejos se divisa la ribera norte del Mar Muerto. Es la sequedad del aire lo que permite ver claramente, pues falta una distancia de siete horas de marcha. Se llega por de pronto a un montículo célebre que se llama del Buen Samaritano en recuerdo de la parábola que se da como imaginada para este sitio precisamente.

Hacia la izquierda, el monte de la Cuarentena, y el sitio del ayuno del Señor. La gruta en que la tradición coloca a Jesús durante cuarenta días está como vaciada en la pared de una gran roca de difícil acceso.

Ya no se ve un solo olivo, ni habría tierra que lo sustentara. El aspecto se ha tornado siniestro. El sol no encuentra más que quemar en esta tierra refractaria. Es la región del Mar Muerto, donde ya comenzó la muerte del planeta junto con la maldición de Sodoma. Es el lugar más devastado de la tierra, castigado por la mano vengadora de Jehová. El agua del lago es verde y pesada; la luz no dá sobre ella reflejos rápidos; las riberas son saladas y sulfurosas; sólo el horizonte que se aleja hacia el desierto del sur ofrece un cierto descanso azul. Azul es color de pureza.

Y ahora estamos ya cerca del pueblo de Jericó, a donde Jesús vino más de una vez. De la ciudad destruída por Josué no quedan más que ruinas informes; al pie de ellas corre un manantial. El Libro de los Reyes cuenta que ante Eliseo se quejaba la gente de las malas aguas y de la tierra estéril. Contestó el

profeta después de tirar al agua un puñado de sal: "El Señor dice: he vuelto sanas estas aguas y en ellas no habrá más muerte ni esterilidad". Y efectivamente hasta el día de hoy estas aguas son sanas en medio de un ambiente recalentado, de una naturaleza de muerte, de una atmósfera de desfallecimiento.

La ciudad antigua de Jericó fué grande en un tiempo; sus trompetas suenan todavía en los recuerdos de la historia.

La ciudad actual no es más que un modesto caserío oriental en medio del oasis cercano al Jordán, y desde donde se mira al Mar Muerto; pero hay vegetación y agricultura en el estilo que llamaríamos super-tropical. También existe un hotel para recibir los turistas que en número considerable llegan al fin de los inviernos. Famosas son las rosas de Jericó; pero las traen generalmente de otros sitios. De ellas da la Biblia un elegante pretexto de comparación dedicado a la Virgen María que quería anunciar. Las besan los peregrinos y secan sus pétalos entre las fojas de sus devocionarios.

Ya no nos falta en la Judea más que una excursión, de un pronunciado interés bíblico esta vez. Es el valle de Hebrón, el país de Abraham, de Isaac y de Jacob. Aquí se encuentran y se cruzan las más impresionantes tradiciones, las más nutridas leyendas nacidas muchas de ellas al margen de los libros sagrados. Hebrón es otro oasis, situado casi en los confines de la Arabia pedregosa y ardiente, y donde la vid prospera todavía cerca del almendro y del albaricoque.

La tradición, en el curso de la edad media iba más allá de Abraham y de todos los patriarcas, el Paraíso Terrenal debía de estar aquí mismo, porque fué el punto y lugar preclaro de la creación de nuestro primer padre Adán. Ya Abraham dicen los árabes "el amigo de Dios" y por eso se llama la ciudad El Khalil. Los habitantes son unos 10,000, mahometanos fanáticos y devotos del Patriarca. Se ocupan muchos de ellos en la preparación de odres para traspotar vinos, hechos de cuero de cabro.

Antes del viaje a la región del Norte, a

Galilea, nos despedimos de Jerusalén en una última visita al Santo Sepulcro. Las aldeas, los campos y los montes del recuerdo, que ya dejamos atrás nos han impresionado el alma contándonos en detalle la historia del pueblo de Israel, trayéndonos hasta el nacimiento y hasta la muerte del Hijo del Hombre, hasta la Redención.

Aquí, en el estrecho recinto del Sepulcro, dejamos nuestros adioses. De pié encontramos otra vez al mismo monje estático centinela respetuoso, figura de cera apenas animada. Si el peregrino lleva lágrimas como ofrenda, las une el monje al agua de rosas que esparce, prevención fina, impensada... bálsamo de ternura y de esperanza.

Salimos de Jerusalén con un dejo de pena en el corazón. Pena por esa horrible ingratitud de los hombres que culmina en el sacrificio de Jesús, y que se muestra en el simple aspecto de la ciudad, de la ciudad maldita pero amada, castigada pero llorada.

Despertamos otra mañana echando el ancla frente al puerto de Kaifá, a la vista cercana del Monte Carmelo. Es el punto de la partida hacia Nazaret, el país del Nazareno. Escalamos la cumbre del Carmelo por camino fragoso y soleado y desde allí, al pié del convento, miramos al mar lanzando sus olas contra la playa baja. Los chilenos nos creemos en casa, en cuanto en el templo se ve la Virgen del Carmen sentada en su trono y presentando a su hijo que en sus manecitas sostiene el escapulario. En medio de una meseta del exterior, y con vista al mar, una columna y estatua de la Virgen, mármol mandado desde Roma por otros devotos chilenos.

Aquí, sobre el Monte Carmelo, fué levantada la primera iglesia en honor de la madre de Dios. Existía desde el tiempo del profeta Elías un convento llamado de Solitarios, los cuales adoptaron el evangelio inmediatamente después de la muerte de Jesús. Así es como la orden actual carmelitana puede glorificarse de haber sido fundada por Elías. El Monte no es elevado pero se extiende por seis leguas al interior. Desde

Febrero se cubre de una vegetación de arbutos y plantas aromáticas; las aves son abundantes y graciosas.

De aquí el viaje a Nazaret es largo y algo penoso. Los peregrinos chilenos decimos que es la dulce patria de Jesús; el nombre de Nazaret significa flor o ciudad florida; nunca fué citada en el Antiguo Testamento; es gloria de la nueva época.

Hay poco más de seis mil habitantes, de todas las regiones del cercano Oriente, con mil católicos y muy pocos protestantes que siempre son los menos interesados por venir a Tierra Santa.

A pesar del cansancio de la jornada todos corren al Santuario de la Anunciación.

El sitio preciso fué cubierto y encerrado por una basílica soberbia de los primeros tiempos debida al Emperador Constantino. Basílica y todo fué después arrasado y saqueado por los sarracenos.

El día siguiente es Domingo; la gente nazarena lleva puestos sus mejores trajes. Tienen las mujeres fama de ser hermosas. En realidad lo son, y visten con elegancia oriental: chaqueta bordada de oro, pantalón bombacho cerrado en los tobillos y capas con nuevos bordados de seda que mal ocultan los hilos de cuentas de ámbas que cubren el pecho. Las más humildes volvían a ser los envoltorios faltos de gracia que hemos encontrado en todas partes. Si son o no hermosas no se sabe; si son hombres o mujeres apenas se distingue. Pero todas van a traer agua de la Virgen, única fuente de agua pura en la ciudad. María debía de ir como las otras a llenar su vasija siguiéndola y ayudándola su hijo Jesús. Y da gusto ver la destreza y donaire con que esas mujeres llenan las ánforas y las echan sobre la cabeza; caminan con soltura, sin sujetar siquiera la pesada carga. Y así, derechas y dignas como carátides en marcha, hacen pensar también en sus nobles antepasadas de la Biblia.

Llegamos ahora casi al fin de la peregrinación. Anotemos como último recuerdo la corta visita al monte Tabor y al lago Tiberiades, que no se encuentran lejos uno de

otro. A unos diez kilómetros al Este de Nazaret se alza el monte de la Transfiguración; parece poco más alto que el San Cristóbal de Santiago. Sus laderas están cubiertas de encinas, terebintos y otros árboles aromáticos. Perdices y otras aves pueblan la ramada bajo la cual también se ocultan las liebres. Al subir la cuesta se encuentran ruinas de capillas, de conventos y de antiguas fortalezas. Actualmente se levanta sobre la cima un templo franciscano en reemplazo de los tres destruidos, dedicados que fueron a Jesús con Moisés y Elías.

El sermón de la montaña fué dicho en la colina de Karn Hattin que se halla más abajo, como también sigue, y ya en la llanura, el campo de la derrota de los cruzados que puso fin al dominio cristiano sobre Palestina. El rey Lusignan fué hecho prisionero, sus caballeros vendidos como esclavos, los templarios degollados y el gran maestre ejecutado por la propia mano de Saladino. Y fué el epílogo de aquellas ideales y heroicas aventuras que no han tenido iguales en la historia del mundo.

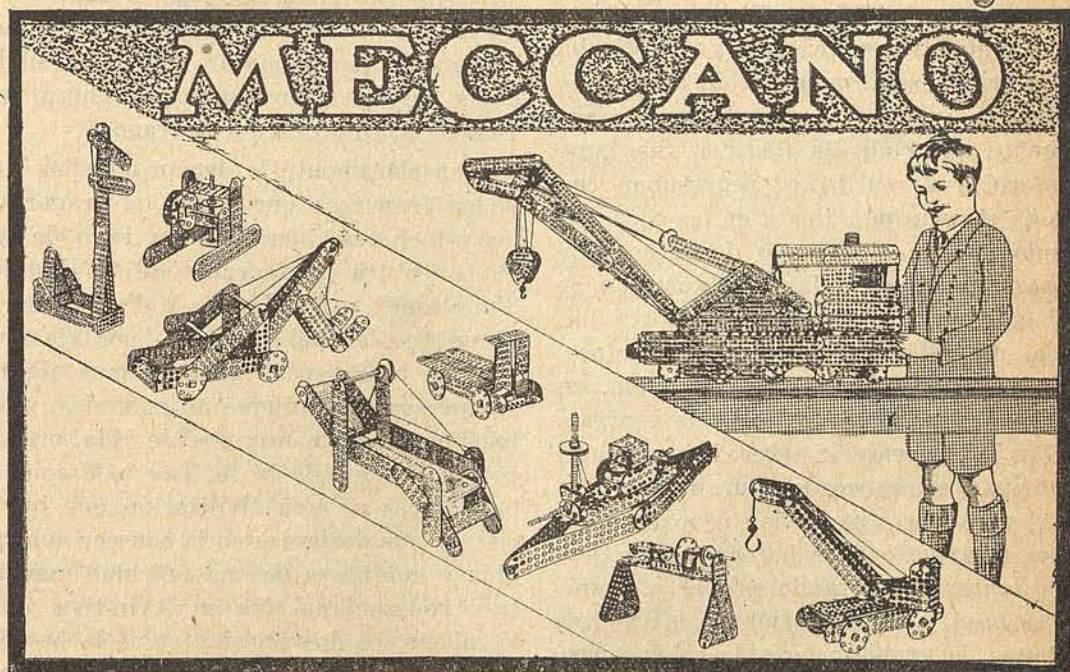
Atravesando otro valle verde y ondulado, con grupos de olivos, de higueras y de tunas gigantes que en los cerros alternan con las adelfas floridas, descubrimos de repente la pequeña ciudad de Tiberiades sentada al borde del lago. La vista es encantadora, dejaría atrás a cualquiera descripción. Pero la impresión del espectáculo es menos que el sentimiento sobrenatural que de todo el lugar se desprende. Hay 6,000 habitantes, la mayor parte mahometanos y judíos. Los inevitables franciscanos tienen sin embargo su iglesia dedicada a San Pedro y su convento a la orilla del agua. Fué allí donde Jesús le dijo: apacienta a mis corderos, apacienta a mis ovejas.

Este lago Tiberiades, también llamado Genazaret, es, pues, bello y famoso entre los lagos. Bordeado de altas colinas y lleno con aguas transparentes que en abundancia trae el río Jordán, embelesa al peregrino que viene aquí a localizar sus ideas y nociones más gratas en orden a la presencia de Jesús en la tierra. Es de día un espejo que refleja al

cielo, al sol y las nubes, por la tarde los ardores del horizonte y por la noche el firmamento con todas sus estrellas. Son aguas que merecen flotara en ellas la barca del Señor con sus discípulos. En una ocasión el cristal de la onda se hizo sólido para que pisándolo avanzara el Salvador. Es que en el lago todo le obedece: los peces que huían, a su voz entran veloces en las redes tiradas por los pescadores. Las orillas han escuchado sus enseñanzas y han sido testigos de sus milagros.

Desde aquí y desde Nazaret, el jardín de Jesús, decimos al santo pasado de Palestina nuestro adios agradecido. Los momentos de recordación histórica de pensar religioso y de anhelo místico quedan para siempre retenidos en nuestras almas.

Una corta ceremonia daba término, una vez a bordo de la misma nave que nos trajo, a los días felices de la peregrinación para entrar de nuevo en el mundo y vida de las realidades terrenas. Los guías y compañeros franceses, siempre entusiastas y con su gran sentido de oportunidad, reúnen a los peregrinos en la capilla del vapor que deja mirar la costa, y con la mano alzada en ademán de juramento cantan todos el salmo de los ríos de Babilonia: Si te olvidare, Jerusalén, que me olvide la diestra mía. Y el último canto al hundirse en el horizonte las bajas montañas de Palestina dirá en estribillo dulce y melancólico: Jerusalem adieu, Jerusalem adieu.



Verdadera Ingeniería en Miniatura **EL MEJOR PASATIEMPO INSTRUCTIVO PARA JOVENES**

Siempre algo nuevo que construir, siempre algo de interés

Cada caja trae libro de modelos e instrucciones para armarlos

Precios desde \$ 6.- la caja

Agente para Chile: DAVID WALLACE Y Cía.

Esmeralda 1111 — Casilla 857 — VALPARAISO

Sucursal en Santiago: Agustinas 822

Félix García,

Renacimiento Litúrgico

I

En 1918 se publicó en Alemania "El Espíritu de la Liturgia" de Romano Guardini (1). Título sugeridor y henchido de promesas. La ocasión no podía ser de más solemne trascendencia y trágica recordación. En aquella fecha crítica, de angustias y quiebras morales, era como un aura saludable sobre los campos agostados con el horror del polvo y de la sangre, como un asidero para los espíritus, después de una hora de vendaval y de locura, como una gran voz de salvamento en la noche clamorosa del naufragio.

Por aquella fecha Alemania se retiraba de las trincheras con la herida abierta de la derrota y con las altas torres de sus ensueños imperialistas abatidas. Sus hombres, rotos y mutilados, regresaban con luto en el corazón y tierra en los ojos, deseando olvidar el estrago de la contienda para dedicarse a la reinstauración de su hogar y de su templo. Cualquiera llamada, prometedora de nuevos caminos, tenía naturalmente que ser acogida, en aquella sazón, como un brote de esperanza. Por lógica reacción se produjo un cambio brusco e inesperado. Durante muchos años los hombres se habían preparado para su destrucción; se habían parapetado en lo material, buscando sólo el predominio cesáreo, la manumisión de las gentes aledañas, la grandeza erigida sobre terrenales cimientos. Se había desertado de las milicias de la religión y de la metafísica para avecindarse, con pagano propósito, en las tiendas de la industria, de la economía, de la religión positiva. Eso trajo como relato una especie de atonía moral, un exceso de civilización, propia de los pue-

blos decadentes, una pérdida considerable del sentido finalista de la vida.

Así sobrevino el atasco del espíritu, encallado en los arrecifes de lo mundanal, con detrimento y posposición de sus exigencias primarias.

La gran guerra, más que liquidación de un pleito de encontrados intereses nacionalistas o de rivalidades atávicas, fué la liquidación de muchos años de sensualidad, de crisis humanista, de pragmatismo esterilizador, de dislocación ética. El fracaso de una civilización, intoxicada de positivismo, no podía ser más evidente. Urgía un virage brusco en aquella ruta desenfrenada, para buscar nuevas posibilidades de salvación, en aquella hora trágica de aturdimiento y estrago.

Bien claramente lo decían aquellos soldados franceses que, entre el fragor de las trincheras, buscaban un rayo de luz en la lectura refrigerante de "L'Histoire d'une ame" y de "Le Récit d'une soeur", libros que les hablaban un lenguaje nuevo, que tenían para ellos aromas alguna vez presentidos aunque no gustados, y les hacían renacer a una posible vida, oreada por los alisios de la fe. Las aspiraciones babilónicas de una civilización que había cifrado sus designios en la consecución rápida y aparatosa de una felicidad marxista o roussoniana que en definitiva sería lo mismo, se desvanecían como la pesadilla de un sueño apocalíptico. Pero era menester pagar el interés usurario de tantos años de locura y de tantas deudas y prevaricaciones sin saldar.

Los que tuvieron ojos supieron ver la falla que la barbarie civilizada abría en la entraña misma de la cultura. Ante la tragedia de la muerte surgió más imperiosa la afirmación de la vida; y ante el estrago de las ruinas de lo que los hombres habían erigido con idolatría, brotó la nostal-

(1) En ese mismo año apareció en España una obra de idéntico contenido y finalidad pedagógica: "Valor educativo de la Liturgia Católica", del Dr. Gomá. Barcelona, 1918.

gia desbordada de vuelos espirituales, y se desató un ímpetu, largamente contenido, de oración y de ruego. Sólo la refrigeración de las aguas bíblicas podían reverdecer en próspera fecundidad tantas almas agotadas. Era preciso zarpar la nave del espíritu en categorías supremas para tener una razón, la única razón definitiva de vivir.

En este interesante momento psicológico aparece el libro "Der Geist der Liturgie", de Romano Guardini, primero de una serie con que había de mantener el fuego sagrado, durante la reedificación del templo espiritual en Alemania, donde, si la reacción religiosa fué más viva y conquistadora, a raíz de la Guerra, era también más imperiosa y necesaria.

El alma francesa, afectiva y estética, reacciona con agilidad a las llamadas del sentimiento religioso; prevarica con frecuentes apostasías, pero no opone obstinadas resistencias a los altos de la Gracia.

El espíritu alemán, más especulativo y analítico y, en el fondo, mucho más atormentado y profundo que el francés, reclama hondas evidencias y lentos procesos racionales antes de entregarse; no se deja conquistar por sacudidas puramente emocionales ni por someras impresiones nerviosas más que psíquicas. Busca a Dios por los caminos arriscados de la razón más que por los floridos cármes del sentimiento y de la afectividad, y por la razón despliega también Dios su estrategia para conquistarle. Se fortifica primero de seguridad dogmática para dar después curso libre, pero regularizado, a las expansiones de la emoción religiosa.

Parecía un sueño quimérico hacer saltar la vena de agua, de la roca embravecida por las inclemencias del sol y del aire, durante tantos estíos, sin granazón espiritual, de sequía racionalista.

II

El libro de Guardini, ágil y esquemático, pero lleno de fragancia y de vida, opera el milagro. Las juventudes — y esto

fué lo más sintomático y esperanzador — se apretaron en ademán de defensa en torno del joven sacerdote, que unía a la gracia latina la profundidad nórdica. Aquel libro les hablaba, después de la prueba, de la posibilidad de una nueva vida y abría otras trayectorias a los afanes del espíritu. Un soplo evangélico, tembloroso de promesas, aireó las almas en aquellos momentos de conturbación.

El Catolicismo volvía a proclamar la vigencia inmarcescente de sus principios salvadores y a despertar en los hombres desatinados, impelidos por el huracán de la soberbia, la noción de la fraternidad humana, de la convivencia espiritual. Toda la ternura acogedora y curativa de la "Sancta Mater Ecclesia" se les ofrecía sin reservas, en toda su plenitud intacta, después de aquella tormenta de luto y de sangre. Sólo la caridad, el amor cristiano, podían reanudar tantos vínculos rotos, tantas normas conculcadas, tantos estragos producidos por el desorden del amor, es decir, por el imperio del egoísmo. Así es como el espíritu volvió a reclamar su primacía, falseada por las fluctuaciones de la filosofía neokantiana y subvertida por la marejada de la positivista.

Era la hora propicia, a punto de madurez, para un genoroso renacimiento espiritual. Era preciso obtener el máximo rendimiento, de aquella disposición de las almas, con las cicatrices de la prueba abiertas y estigmatizadas con los carismas del infortunio, que se aprestaban a entrar por los caminos de Dios, para buscar una base eterna a sus anhelos de nueva vida. ¿Cómo?

Guardini tuvo un momento de intuición admirable. Vió en las almas una voluntad decidida de comprender y, en vez de vagas especulaciones o teorías dilatorias, propuso el remedio eficaz, urgente, de signo contrario al morbo generador de tantos estragos: el Renacimiento Litúrgico para provocar la reviviscencia del espíritu y activar la circulación de la vida cristiana.

Esto pudo parecer sorprendentes a quienes de la Liturgia tenían sólo un concepto superficial y estético, a los que en ella veían sólo una serie de prácticas rituales, ceremonias, teatralismo, prescripciones nimias, pero sin contenido vital, sin trascendencia religiosa.

Y ahí estaba el error. Pero bastó que la mano experta de Guardini fuese apartando la sombra, con sabiduría de artista, y mostrando la maravilla arquitectónica del espíritu de la Liturgia, es decir, de toda la intimidad colectiva de la vida cristiana, de un nuevo orden orgánico de vida, para que las almas, ávidas de consistencia, reaccionasen con instintivo impulso.

III

Guardini esquematizó, por decirlo así, la metafísica de la Liturgia. La Iglesia es esencialmente vida litúrgica; pero las mudanzas y preferencias de los tiempos habían ido dando a la preterición muchas cosas esenciales que era preciso rehabilitar. Las toxinas del individualismo habían puesto su estrago también en el evangélico concepto tardicional de la familia cristiana, de la colectividad de los hijos de Dios, de la Comunión de los Santos. De ahí provenía la disgregación, la pérdida del cohesivo funcionamiento de la auténtica vida cristiana. Era preciso remozar los principios elementales, generadores de vida, proponer a todas las gentes el retorno a un género de vida que se había dejado en lamentable postergación, e invitarles a apretar de nuevo los vínculos de la fraternidad verdadera, para constituir las grandes agremiaciones cristianas, la gran comunidad de los miembros de Cristo, que habían de estar unidos, como el sarmiento a la vid, a la Santa Madre Iglesia, recibir el riego circulatorio de sus zumos místicos, y permanecer injertados en Cristo, buscando en él su cohesión y su integración.

Es decir, que era preciso, y quizá en mayor medida que nunca, por haber sido mayores los asolamientos del individua-

lismo, el retorno a la vida litúrgica, que como siempre, con maternal insistencia, proclamó la Iglesia. Pero había que repetir a las gentes, hasta entonces sordas y distraídas, algo que tenían olvidado: había que decirles lo que era el ideal de la Liturgia, de la vida litúrgica, renovar el sentido de la comunidad cristiana. Desde el Renacimiento se fué retirando azorada la Liturgia a los poéticos recintos de las abadías. Fuera de ellos quedaba de ella como una sombra, como un artificio, como el recuerdo arcaico de una bella basílica en ruinas. A lo sumo se le concedía un valor decorativo, de erudición o de motivo ornamental para refinados catadores. El esfuerzo sabio de operarios perseverantes, la había convertido en una rama interesantísima de la cultura. La Liturgia interesaba como fenómeno histórico a los eruditos, y como manifestación de pompa, de suntuosidad, de artilúgico esplendor a los ojos, velados de prejuicios y de ignorancias, de los distraídos y arrastrados por la corriente anónima de los afanes y precipitaciones cotidianas.

Pero la Liturgia es mucho más que eso: es ante todo, debe ser un fenómeno vital, una concreción orgánica, una perenne y actuante forma de vida. Urgía, por lo tanto, libertarla de su forzoso retrainimiento, mundanizarla, si cabe la frase, renovarla para que a todas las almas llegara la fertilización de su riego generoso, y demostrar experimentalmente "que la Liturgia Católica — como escribía Dom Festugière — es la agrupación más sabia y más densa de todo valor humano, puesto al servicio no sólo de la Santa Iglesia, sino de la misma fuerza de Dios, que en la Liturgia se esconde para producir la maravilla de la deificación de los hombres, y es, por consiguiente, de tan alto valor educativo que puede con razón decirse de ella que ha recogido el mayor número de partes esenciales y, ciertamente, la parte más "sagrada" de la misión de Cristo (1)..

Ese fué el acierto y el triunfo de Guar-

(1) "Qu'est-ce que la Liturgie", pág. 29.

dini. Saber llegar a las almas, mostrándoles la interior hermosura, la dinámica inexhaustible, la proliferación fecunda de la Liturgia, para lograr la restauración del sentido cristiano de la vida, que se había ido disociando en peligrosas desviaciones. Y las almas, tan necesitadas de nutrimento, supieron comprender la potencialidad y las reservas que la Santa Iglesia Católica atesoraba y les ofrecía, en la hora de la prueba, con pródigo desbordamiento de maternidad: sólo por los caminos providentes que ella asignaba a los afanes humanos era posible la reintegración de la vida a sus altos destinos. De ahí aquella magnífica polarización de las almas hacia el campo de la Liturgia, aquella nostalgia de lo eterno que, ante la tremenda derrota de lo temporal, se despertó en las juventudes alemanas de la postguerra.

IV

Y era lógico que así fuese. Se había llegado a un cruce de disyuntivas pavorosas y urgía una decisión radical.

El espíritu alemán estaba autointoxicado de subjetivismo: había convertido la metafísica en psicología, y no acertaba a quebrar las ligaduras del empirismo tiránico en que se había clausurado. Se había hecho de las ciencias y de las cosas, fines en sí: la química, la estrategia militar, la filosofía, las artes pedagógicas e industriales eran metas supremas de las aspiraciones humanas. Se tendía a mecanizarlo todo, a reducirlo todo a fórmulas concretas de utilidad práctica. Era el triunfo procaz del naturalismo infiltrado, como una sierpe cautelosa, en todas las actividades del ser. Era la paganización integral de la vida como corolario terrible de aquella deserción, reiterada y contumaz, de lo divino.

El espíritu agonizaba así atrofiado bajo la pesadumbre de aquel colosalismo mecánico: sentía hartura de sí mismo, el tedio infinito de sus propias consecuciones, la neurosis invasora producida por el veneno difuso de una literatura paregórica y una filosofía egoísta. Era menester una

llamada trágica. Sólo así podía estimularse la voluntad de regeneración. Y la guerra fué una tremenda poda bíblica. Las gentes comenzaron a ver, ante el derumbe de sus ídolos, y surgió como un general anhelo de querer salir de la cautividad de sí mismos. Entonces comienza a amanecer para ellas el día de la salud.

A su regreso del cautiverio, cuando aún el aire estaba conmovido de llantos y de trenos, la Liturgia se les ofrece como un remedio supremo para rehacer sus vidas y poner concierto en la anarquía de sus aspiraciones y de su sensibilidad desarticulada y rota.

Y es de notar que la Liturgia se ofreció como una promesa cargada de virtualidades, no sólo a los que vivían en apartamiento y ceguera de Dios, sino también a los católicos, que se habían ido desplazando de sus posiciones seculares y olvidado que no podemos jamás desenraizarnos del suelo germinatorio de la tradición — como dice Maritain —, ni aún, cuando más pretendemos renqvarnos (1). Los católicos — escribe certeramente R. d'Harcourt (2) — se habían desviado de su trayectoria y, por una serie inveterada e insensible de extravíos, la Iglesia era por ellos mal comprendida. Su sentido vivificante estaba ocluido para la mayoría de los católicos. Vivían — dice Guardini — dentro de la Iglesia, pero no “vivían la Iglesia”. Por eso la Liturgia hubo de aparecerseles cual algo tan insólito y nuevo como a los no creyentes. Tenían que empezar a aprenderlo todo, a tomar un camino poco transitado. Y ese fué el gran acontecimiento que se anunció como una

(1) *Il convient donc — sigue diciendo el insigne pensador —, d'aller chercher assez loin dans le passé les racines et la première vertu germinative des idées qui gouvernent le monde aujourd'hui. C'est au moment où une idée sort de terre, où elle est toute gonflée d'avenir, qu'elle est la plus intéressante pour nous, et que nous pouvons le mieux saisir sa plus authentique signification.* *Trois Reformateurs*, págs. 3 y 4, París, 1931.

(2) Vid. *Introducción a la traducción francesa de la obra de Guardini*. París, 1930.

resurrección, entre vivas explosiones de júbilo y un revuelo de esperanzas primaverales, por la proclamación de aquella "buena nueva". ¡La Iglesia comenzaba a despertarse de nuevo en las almas!

Ahora bien: ¿en qué forma se les descubrió aquella mansión recién hallada? Aquella no era, ciertamente, la casa poco antes, en el siglo XVIII o XIX, por los hombres habitada, no. No era la mansión de ayer. Aquella era la antigua casa solariega. Era preciso vencer un cúmulo de resistencias y rutinas consuetudinarias que habían cegado sucesivamente tantos surtidores de energía. Lo que se intentaba era nada menos que remontar el pasado y reconquistar la Iglesia de siempre y dar con su espíritu, por tanto tiempo recatado. La Iglesia — continúa escribiendo R. d'Harcourt — se había convertido para muchos fieles en una burocracia, en una administración o ministerio de lo espiritual. El tremendo peligro de esclerosis, que por ese camino acechaba a la fe de las muchedumbres, ha sido denunciado en términos explícitos y acusadores por uno de los más autorizados historiadores modernos del Catolicismo alemán, que es quien ha delatado también la obliteración paulatina y profunda del sentido del "Corpus Mysticum", que es la Iglesia, entre la masa de los católicos: "La generalidad de los creyentes — escribe — no ve la Iglesia más que en su aspecto externo, en su estructura empírica y pastoral, en la jerarquía de los papas, obispos y clérigos. Eso constituye para ellos su esencia: sus ojos no alcanzan más. La Iglesia no es para ellos la esfera misma, el ambiente cálido de su propia vida, sino un establecimiento o dispensario en el cual se administran y conceden, cuando es menester, determinados auxilios. Y esto proviene de que la Iglesia se les ofrece como algo puramente exterior, como algo forzado e impuesto que se siente con rigidez y a disgusto en sus decretos y ordenaciones".

La Iglesia quedaba así desmedulada: era para ellos sólo una institución oficial.

Contra esta concepción externa y ritualista del culto y de la jerarquía, se irguió pujante y reactivamente decisivo el magnífico renacimiento litúrgico de la postguerra. Las almas recobraron su sentido ancestral y luminoso. La Santa Madre Iglesia volvió a ser comprendida y a abrir su amoroso regazo a todos los peregrinos de lo eterno, a través de estas hondonadas de lo transitorio. La Iglesia Santa volvió a ser lo que es por institución y esencia; no una organización tupida de redes burocráticas con merma y deterioro de sus finalidades salvadoras, sino un organismo viviente, el verdadero cuerpo místico de Jesucristo, fertilizado por el riego de su gracia y de su sangre. Ante el fracaso de tantas teorías y tantos esfuerzos desesperados para eliminar de la vida lo sobrenatural, la verdadera Iglesia conservaba su vitalidad perenne y su capacidad para recoger todas las palpitaciones humanas e insertar al individuo, perdido en la masa amorfa de una comunidad sin trabazón interna, en un sistema orgánico de vida. Ante la gran mentira de todas las democracias, sólo quedaba en pie la gran democracia cristiana, de la comunión de todos los creyentes, partícipes de un mismo cuerpo, de una misma sangre, de unos mismos Sacramentos y de un mismo Altar, en la cual el que manda es como el que sirve, y el mayor es como su hermano menor, y todos han de vivir en caridad perfecta y espíritu unánime de oración, bajo la benignidad amorosa del Padre común que está en los cielos, lo mismo en la intimidad del Templo, casa paterna de la feligresía creyente, que entre el ruido de las calles y los afanes cotidianos del vivir.

Así se inicia este gran período de convalecencia católica, esta "primavera litúrgica", como la llama Guardini, después de la noche caliginosa de soltura moral, de libertinaje individualista y disolución ideológica que el Renacimiento y la Reforma introdujeron en todas las manifestaciones de la vida, llegando el contagio al huerto cerrado de la Iglesia.

V

El movimiento litúrgico fué para muchos como una revelación. Surgió entonces una poderosa corriente de simpatía hacia la Iglesia y empezó a comprenderse de nuevo la armonía y la grandeza de su culto, de su autoridad docente, de su jerarquía y de sus profundidades dogmáticas. Como esta renovación de lo litúrgico era integral y no se paraba en las manifestaciones culturales externas, sino que se apoyaba en la piedra angular de la fe y del dogma, se eludió todo peligro de que degenerase en efímeras floraciones sentimentales. "El renacimiento litúrgico — escribía el Dr. Mayer, profesor de Teología de la Universidad de Freising — ha revelado a los laicos la esencia misma de la Iglesia, que no radica ciertamente ni en el carácter jurídico, ni en el estado eclesiástico, ni en la predicación de la moral, ni en el sencillo anuncio del Evangelio o la enseñanza del Dogma, sino en la vida sacramental litúrgica, en la celebración de los misterios del culto" (1). Así ha podido decir Guardini, con razón, que la Liturgia está toda entretejida de Dogma y se fundamenta básicamente sobre la verdad teológica.

Por eso la renovación litúrgica tal como la proclamaba Guardini, y la proclamaron siempre la Iglesia, contra las corruptelas particularistas, y los sabios monjes benedictinos, celosos depositarios del alma de la Liturgia, significaba no sólo el retorno a la Iglesia tradicional, sino la derrota de la piedad sin jugo, de la religiosidad devocionera, del catolicismo individualista, que había introducido la disgregación atómica en el reino de Cristo y que era preciso invalidar por la socialización profunda del sentimiento religioso, por la conciencia de la perfecta vida colectiva y el sentido de la unidad cristiana, de la unidad biológica y orgánica que es esencial en el concepto de Iglesia y en la razón de ser miembros animados de su cuerpo místico.

Así se derrocaba la falsa equivalencia, la perniciosa sinonimia establecida entre Liturgia y ritualismo, ceremonialismo, pompa y cultural, bajo cuyas pomposas frondosidades no circulaba, fresca y renovadora, la sangre arterial de la vida cristiana. Ya no es la Liturgia — se lamentaba en España el Doctor Gomá en 1918 — verdad, ley, ascesis, forma social obligatoria del culto de Dios, medio poderoso de perfección personal y colectiva, sino espectáculo, juego, pasatiempo, estímulo de vida emocional. No es religión, sino religiosidad; no es sentimiento, sino sentimentalismo; no es liturgia, sino estetismo, blandenguería cultural (1).

Por una sucesiva pérdida del sentido de lo litúrgico, se había generalizado la falsa estimación, aún no desarraigada entre muchos católicos, de que la Liturgia se reducía a una serie de prescripciones, de rúbricas minuciosas, de ritos interesantes, pero inanes. Se le concedía una cierta eficacia de atracción sentimental o atencional sobre las muchedumbres, pero escasa o ninguna trascendencia vital. Y con ello se olvidaba que la Liturgia es esencialmente manifestación de vida, debe ser la exteriorización espléndida y granada de sentido y de expresión, de toda la desbordante intimidad de la vida cristiana, ya que no hay religión, ni verdadera ni falsa — como decía San Agustín (2) — sin consorcio ni uso de signos o sacramentos sensibles. Como no hay, ni puede haber Liturgia, si le falta el soporte de la vida interior, si no es la forma concreta y sensible del espíritu religioso de la comunidad de los hijos de Dios.

Por eso la Liturgia es teocéntrica: Cristo Jesús es el foco de gravitación de las almas. El hombre es un compuesto de cuerpo y de alma. Si fuera sólo espíritu podría remontarse hasta Dios, anulando las distancias espaciales: no necesitaría, en la actual economía humana, de formas sensibles, del culto que es el acto externo de

(1) Vid. el ensayo *Liturgie et vie laïque*, 1927, Kultur in Deutschland". Cit por R. d'Harcourt.

(1) Valor educativo de la Liturgia Católica, págs. 520. 21. Ed. cit.

(2) Contra Faust, XIX, 11.

la religión, sincrónico del acto puramente interno. Pero como el hombre está asido a la tierra y lleva en sí la amalgama del limo terrestre, está también sometido a las servidumbres de la materia, y tiene que someterla a su vez y hacerla coopear al acto de adoración a Dios. Los filósofos discuten largamente acerca de la intervención de los sentidos en la mecánica complicada del pensamiento. Lo que no cabe discutir es que, desde el punto de vista de la Religión, no se puede prescindir de los sentidos, ya que la Religión, que es vínculo entre el hombre y Dios, abarca a aquel integralmente, como él es, cuerpo y espíritu (1).

El rito es el lenguaje religioso de los pueblos — dice Gomá —; (2) la externa resonancia de los latidos del alma colectiva en su trato con Dios.

La Liturgia, podremos ya afirmar sin titubeos, es el Dogma en acción: es la forma adecuada de vida de la comunidad cristiana en ejercicio; es función profundamente vital, solidarización de los individuos, componentes del organismo místico. Pero, además, la Liturgia es servicio social. "Es el oficio público para el pueblo" dice el P. Wernz (3) y, por lo tanto, también función social y humana en alto grado. Es decir, que no puede ser sólo — como superficialmente afirman quienes tratan de restarle trascendencia — expresión del culto público de la Iglesia, sino también vehículo de la vida divina de los hombres y transmisión de la vida cristiana a las alturas de Dios: atadura de la Santa Iglesia con Dios, por la incorporación de aquella al sacerdocio y a la vida

divina de Cristo. La Liturgia es como un signo sagrado y visible de nuestra Religión — dice San Agustín (1) — que traduce lo que hay en ella de espiritual e invisible para, de este modo, injertándose en el sentido, llevar hasta el fondo del espíritu la vida de Dios que en él se encierra. En la Regla de San Benito la Liturgia es "Officium servitutis Ecclesiae". "Antiguamente la Liturgia — dice Dom Festugière (2) — arregló para su uso los retiros de las Catacumbas y construyó las basílicas; en otros tiempos y bajo otros cielos levantó nuestras Iglesias abaciales románicas y nuestras catedrales góticas. Ella contrajo profunda alianza con el arte de nuestros padres". La Liturgia es — según Dom Beauduin (3) — la teología del pueblo; vulgariza el Dogma, haciéndole pasar al espíritu, al corazón, al alma de los fieles con su arte pedagógico consumado.

La Liturgia brota del hecho de la Comunidad viviente religiosa, que es producto de la aportación regulada de las energías individuales. Si en todas, mucho más en la sociedad litúrgica se requiere la sabia coordinación del sentimiento colectivo, de las emociones e iniciativas individuales, de los anhelos, fervores y simpatías personales para hacer cristalizar toda esa superabundancia espiritual en la "oración colectiva", en la plegaria unánime, integrada por voces innumerables, de la Santa Iglesia, Madre común de los que en ella viven. Por eso la primera condición que la Liturgia impone es la renuncia generosa a las propias expansiones, que no encajen dentro de la reglamentación común; es el sometimiento de toda tendencia antropocéntrica, de toda insurgencia egoísta, del mandarínismo instintivo de la autonomía de nuestros sentidos. En la vida litúrgica no hay "yo" — dice Guardini — sino sólo "nosotros". Los individuos en ella no son meros agregados

(1) "De tout temps, en tout pays, les religions ont un culte. Tout culte suppose un temple, seul lieu où la communauté croyante puisse se réunir pour rendre un hommage public à la Divinité. Tout temple, où se célèbre le culte a des cérémonies, une liturgie. La Liturgie a pour but de donner au culte une forme concrète, d'arriver au cœur, à l'âme, par les yeux, les oreilles, par tout ce qui peut éveiller animer, exciter la piété des foules assemblées comme du fidèle isolé".

Abbé A. Sicard. *L'Ame de la Liturgie*, págs. 1 y 2. París, 1918.

(2) Obr. cit., pág. 32.

(3) *Jus Administrationis Ecclesiae Catholicae*, pág. 1.

(1) De Civ. Dei Lib. X, c. 5.

(2) *La Liturgie Catholique*, pág. 14. Cit. por Gomá.

(3) *Le Piété de l'Eglise*, pág. 93. Ib.

o sumas numéricas, sino miembros vivos unidos a un tronco común. El individuo se ordena en la comunidad litúrgica y se somete a su disciplina, no para anularse anónimamente, sino para reportar de ella energía, y entrar en el torrente de la vida divina que circula por el cuerpo místico de la Iglesia. Ello supone, como base primordial, el espíritu de sacrificio, la negación de toda finalidad utilitaria. La trascendencia enorme de la Liturgia está en que favorece el ejercicio de esa pura actividad, que es la suprema en el hombre, de rendir adoración al Dios que creó las vidas y las almas, y de "vivir", que es el hecho decisivo, unidos a Cristo, Cabeza de este organismo animado que es la Iglesia. Si fuéramos individuos aislados, no tendría razón de ser la Liturgia: pero constituímos la gran familia cristiana, y hemos de vivir colectivamente la vida de Cristo.

Claro es que todo esto no atrofia, ni mucho menos, la vida individual; más bien la enriquece, la estimula y canaliza por los seguros cauces de Dios. Cuanto más intensa sea la vida colectiva cristiana, más profunda será la vida individual y privada. "Toda oración — dice Msr. Kerkhofs (1) — que implique una comunicación con Dios, es decir, la oración pública y la oración privada, pueden en realidad compararse a una audiencia privada o pública. Ante Dios, no difiere una y otra de lo que difieren ante la consideración de los hombres". "La oración privada en lo secreto se trueca de suyo — dice el P. Sertillanges (2) — en cosa común, por virtud de la unidad espiritual que nos liga. Y, por otra parte, la oración colectiva retiene todo lo esencial de la privada, porque Dios nos ve a cada uno de nosotros, concretamente, tal y como somos, a la vez que contempla la comunidad de todos los creyentes, apretados en unidad,

a despecho de las dispersiones que la vida cotidiana implica".

No existe, pues, el peligro, potenciado por los esclavos de su mísera subjetividad piadosa, de que la Liturgia devore y absorba, anulándola, la vida privada de oración, las elevaciones contemplativas del individuo, la pura actividad personal (1). Lo que hace es someter al individuo a disciplina, a ordenamiento: canalizar las dos corrientes poderosas de la vida privada y colectiva, y hacerlas desembocar en el océano de Dios, de donde afluyen, transformadas en agua de gracias, para alimentar y sostener la unidad del individuo con la colectividad cristiana, a la que vive íntimamente asido por los vínculos hereditarios del amor de Cristo.

El P. Mersch ha analizado agudamente la bella fórmula citada del P. Sertillanges; "La Prière dans le secret est déjà cristianas. Un cristiano no lo es ni puede rituelle qui nous lie", fundado en la *doctrina commune en raisson de l'unité spirituelle* admirable del cuerpo místico, de la unión vital existente entre los cristianos con su divino Maestro y de los mismos entre sí, y concluye con estas categóricas palabras: "No existen oraciones cristianas aisladas; pues en ese caso dejarían de ser obrar en cristiano, sino sólo en virtud de las ligaduras que le unen a todos sus hermanos en la fe y a Jesucristo. Su oración, por consiguiente, es universal, católica, pública, unida a todas las demás plegarias cristianas, por el principio que la anima y la convierte en oración cristiana" (2).

Pero nótese bien que no hay en ello mixtificación alguna, que no se trata de reducir la oración particular a la oración colectiva, sino sólo de elevar a aquella de categoría, de insertarla en un sistema orgánico de vida, en el que se armonizan, se refuerzan y se enriquecen de sentido y

(1) *Prière liturgique et prière privée* en el vol. *Cours et Conférences des Semaines liturgiques*. Tome X. Namur, 1932.

Prière, pág. 135. *Art Catholique*, 1917. Ib.

(2) *Prière*, pág. 135. *Art Catholique*, 1917. Ib.

(3) Véase el documentado y bello ensayo de Rodolphe Hoornaert, *Liturgie et Contemplation*, en el que expone las relaciones y armonías entre ambas existentes. *Etudes Carmelitaines, Mystiques et Missionnaires*, Abril, 1932.

(1) *Prière du chétien. Prière des membres* en la *Nouvelle Revue Theologique*, pág. 104. Feb. 1931.

trascendencia todas las actividades del individuo, concurrentes a la consecución de una finalidad suprema. Las frases del P. Mersch no suponen, entiéndase bien, la anulación de la plegaria individual, como podría deducir con floja lógica algún espíritu quisquilloso y asustadizo por la flaqueza dogmática de su fe y la cortedad de su teología, sino que quieren decir sólo cómo la oración privada, en virtud del principio universal de amor que la influye, sin dejar de serlo, adquiere el rango de plegaria cristiana y universal, porque cualquiera movimiento o vibración de la más ínfima ~~parte~~ o miembro del cuerpo pertenece a la totalidad orgánica del mismo (1). Bien sabido es que si la oración cristiana tiende por impulso nativo a unirse con la oración de Cristo, de la cual recibe eficiencia, como la vida cristiana Apóstol; y si la Liturgia no admite la bifurcación de la plegaria pública y privada en direcciones divergentes, sino que las

hace brotar de un mismo manantial para, tiende a la unificación moral con Cristo para justificar las palabras admirables del después de seguir su curso propio, hacerla confluir en un mismo centro, mucho menos admite que dejen de ser distintas, que se puedan invertir arbitrariamente o

El mismo Evangelio — dice el Obispo de Lieja, Kerkhofs (2) — que nos manda pedir al Padre común en la soledad de nuestro retiro, "clausso hostio" (3), nos dice también que "donde quiera haya dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy Yo en medio de ellos" (4). Por eso se precave sabiamente la Liturgia contra todo exclusivismo, y procura la consonancia fecunda de la vida y de la oración cristiana, pública y privada, determinando con precisión su rango y la jerarquía de su valor específico, pero haciéndolas servir a la armonía funcional del individuo, en su doble condición de ser individual y social; de ese modo es como queda encuadrado dentro del orden cósmico que comprende a toda criatura. "Ordo ducit ad Deum", dice S. Agustín.

(1) El P. Herwegen expone concretamente cómo la Liturgia es pública, no sólo en cuanto hace referencia a la totalidad, sino también cuando eleva el rango de la oración particular, pues dentro de la Iglesia las plegarias individuales se truecan en Liturgia, situándose así sobre un fundamento objetivo y rebasando la limitación y contingencias de lo meramente individual. Ahí radica su grandeza y eficacia. Toda la Creación, en la Liturgia, es coro de alabanza al Criador y lo particular, reflejo de todo el Cosmos.

(2) Vid. *Prière Liturgique et Vie Chrétienne*, pág. 131.

(3) Ev. S. Math. 6, 6.

(4) Ib., 18, 20.

(Continuará).

REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS

EL MOMENTO LITERARIO

Grande ha sido el éxito que ha obtenido entre nosotros la representación del drama de José María Pemán, "El Divino Impaciente". No podía, por lo demás, ocurrir otra cosa tratándose de una obra de tan arraigado corte clásico y de tan vigoroso nervio emocional. Verso adusto y severo, parece arrancado de una pluma del siglo XVI, época parca en los artificios literarios y rica, en cambio, en ideas y fuerza emotiva. Escenografía hermosísima, hace recordar los autos sacramentales y dramas de la edad de oro de las letras castellanas.

José María Pemán es un artista y, aún más que eso, es un verdadero católico. Su inteligencia la ha sabido poner al servicio del más noble de los ideales en circunstancias en que su patria, otrora paladín de la fe, apostataba oficialmente de la religión de Cristo. "El Divino Impaciente" vino pues a ser un grito enérgico de protesta, una rebelión de la sangre hispana, herida en su misma historia, por la saeta venenosa de la impiedad. Pemán ha salido a la defensa de la tradición ultrajada y ha sabido mostrar en la escena un pedazo de ese siglo XVI, católico y jesuita, que tantas glorias reportara a España, y del que hoy pretende renegar un pobre grupo de sectarios ignorantes.

Y no pudo Pemán ser más feliz al escoger por personaje céntrico de su drama al gran Francisco Javier, vehemente, intrépido, humilde, idealista y aventurero, mezcla en fin de militar y de monje, de Cortés y de Loyola. Es el hombre tipo de la época. "Yo creo—ha afirmado con razón Pemán—que los grandes santos tienen una gran ecuación en las grandes épocas que vivieron. Dios, para salvar a la Humanidad, no propone doctrinas a diario, sino que hace santos. Para escenificar el sentido de una época, hay que pensar que sólo un gran santo pesa tanto como su época".

Alma apasionada, profundamente española, es la de Francisco Javier. Con vehemencia se aferra al ideal que le traza en París, cuando simple estudiante, Ignacio de Loyola y desde entonces ya nadie le detiene en su carrera tras la santidad. Abandona su viejo castillo navarro, abrumado de blasones, y va a llevar al oriente pagano la desconocida verdad de Cristo. Y al partir oye de Ignacio estos hermosos consejos que Pemán pone en sus labios:

Yo te bendigo, Javier:
Que Dios bendiga tus hechos.
A grandes empresas vas
y no hay peligro más cierto
que este de que, arrebatado
por el afán del suceso,
se te derrame por fuera
lo que debes guardar dentro.
La vida interior importa
más que los actos externos;
no hay obra que valga nada
si no es del amor reflejo.

La rosa quiere cogollo
donde se agarren sus pétalos
Pídele a Dios cada día
oprobios y menosprecios,
que a la gloria, aún siendo gloria
por Cristo, le tengo miedo
No te acuestes una noche
sin tener algún momento
meditación de la muerte
y el juicio, que a lo que entiendo,
dormir sobre la aspereza
de estos hondos pensamientos,
importa más que tener
por almohada, piedra o leño.
Cada mañana tendrás
con la Señora, algún tierno
coloquio, donde la digas
esos dolores secretos
que a la madre se le dicen
de modo más desenvuelto
que no al padre, que por ser
el padre, da más respeto.
Mézclame, de vez en cuando,
en el trabajo requiebros
y jaculatorias breves,
que lo perfuman de incienso.
Ni el rezo estorba al trabajo
ni el trabajo estorba al rezo.
Trenzando juncos y mimbres
se pueden labrar, a un tiempo,
para la tierra un cestillo
y un rosario para el cielo
Escribeme, por menudo,
tus andanzas y sucesos:
ni los grandes por vanos,
ni los calles por modestos;
que de Dios serán las glorias
y tuyos sólo los yerros.
Piensa que ya en esta vida
no volveremos a vernos.
Te emplazo para la Gloria,
que para los dos la espero,
por la bondad del Señor,
que no por méritos nuestros.
Mientras tanto, Javier mío,
porque no nos separemos,
llévame en tu corazón,
que en mi corazón te llevo.

La emoción que se siente al leer estos versos es el mejor comentario que de ellos puede hacerse. Allí está vertida el alma española, el alma de un Santo gigante y también el alma pura de un artista cristiano. Allí está escrita la existencia de Pemán que al ser cierta vez felicitado por la hermosura del drama supo exclamar: "Desearía que por encima de todo fuera mi propia vida la más bella de mis obras y la más artística de mis creaciones".

EL PROBLEMA EDUCACIONAL.—

Ha continuado con singular ahinco la campaña de los padres de familia en torno a la reforma de la enseñanza. Numerosos artículos de prensa han seguido abordando el importante problema y refiriéndose tanto al contenido doctrinario de los programas, como a la exagerada intromisión del Estado en el derecho de educar, que corresponde primariamente a la familia. Se han constituido ya, como fruto de esta campaña, los "Consejos Particulares" de padres en diversos establecimientos docentes y se ha dado a la publicidad un nutrido "Boletín Educacional" en que se expone la labor desarrollada hasta ahora y el programa que sus dirigentes se han trazado para el futuro.

LA ACTUALIDAD POLITICA Y SOCIAL.—

a) Con el fin de llegar a un entendimiento que diera por resultado la formación de un Gobierno nacional, celebraron no hace mucho diversas conferencias los presidentes de los partidos liberal y radical. Como término de ellas se dió a la publicidad un programa común de acción, conviniéndose por ambos dirigentes en que se pediría a conservadores y demócratas la ratificación del mismo. No alcanzó, por otra parte, a realizarse esto último, pues el presidente radical desahució el pacto estimando que el jefe de los liberales se había extralimitado en el acuerdo al invitar al Partido Conservador a suscribir el convenio político. A su vez el presidente liberal ha hecho presente que la formación de un Gobierno nacional no puede realizarse a base doctrinaria sino de mútua cooperación de todos los sectores y que no es posible, en consecuencia, excluir del pacto a los conservadores.

En suma, generosos esfuerzos que hasta el presente no han dado resultado.

b) Seria amenaza para el orden público ha constituido la sublevación de los campesinos del fundo Ránquil, en el departamento de Victoria. Después de cometer depredaciones y asesinatos en dicha localidad y comarcas circunvecinas, incitando a los inquilinos de las demás haciendas a plegarse al movimiento subversivo fueron enérgicamente reprimidos por las fuerzas de carabineros, cayendo numerosos cabecillas en poder de estos últimos y logrando el resto fugarse por la cordillera a la República Argentina.

Los lamentables sucesos ocurridos acusan un hondo malestar en la masa obrera del campo, habilmente explotado por lo agitadores comunistas. Se ha podido comprobar que el movimiento contaba con ramificaciones en otros sectores del país y que no eran ajenas al mismo ciertas reuniones celebradas en Santiago, en el recinto del diario "La Oponión", bajo la égida del senador Virgilio Morales.

LA VIDA INTERNACIONAL.—

Han ocupado vivamente la atención del mundo los recientes acontecimientos ocurridos en Alemania, que han puesto a prueba la estabilidad del Gobierno nacional-socialista que encabeza el Canciller Hitler. Las noticias cablegráficas, hasta el presente obscuras y contradictorias, dan a entender que Ernest Roehm, jefe de las tropas de asalto y el ex-Canciller Kurt von Schleicher conspiraban contra Hitler en unión con algunos elementos extremistas del partido nazi e intrigados por una potencia extranjera que, según unos es Rusia y, según otros, Francia. La enérgica actitud del Canciller, que ha ordenado el fusilamiento de más de cincuenta altos jefes y reprimido sin contemplaciones el connato subversivo, parece afianzar el régimen imperante e inclinar la balanza política en favor de las agrupaciones moderadas de la nobleza y del capitalismo industrial. Con todo, se rumorea que Franz von Papen, destacado jefe de las derechas, no parece estar del todo muy firme en su cargo de Vice-Canciller, circunstancia que hace que aún se mantenga la incertidumbre y que nada pueda predecirse todavía acerca de la repercusión de los últimos sucesos en el futuro político de Alemania.

J. E. G.